

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura

9
Sumario

Eusebio C. Carbó: Sinceridad y convicciones. — Hem Day: El antidogmatismo de Han Ryner. — Eugen Relgis: Cartas viejas. — S. Vergine: Tres mil años de terror militar. — Mariano Viñuales: Guía del lector. — Adolfo Hernández: El suicidio del señor Mac Kellog. — Herbert Read: La educación del hombre. — Mario de la Viña: El secreto de la Gioconda. — Gabriel de Valencia: ¡Es mucho Chaplin! — Ugo Fedeli: Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana. — Fritz Brupbacher: Marx y Bakunin (folletón encuadernable).

AGOSTO
1954

44

Revista Mensual

PRECIO: 80 FR.



Ayuntamiento de Madrid

Tomás-Muñoz

NUESTRA PORTADA

JUAN MARTIN DIEZ

Famoso guerrillero español, conocido por «El Empecinado», que en la guerra de la Independencia española combatió contra los franceses, realizando tales proezas que llegó a hacerse temible. Fué hecho prisionero y llegó a fugarse de la cárcel de Burgo de Osma; recobró las ciudades de Sigüenza y Cuenca y, al frente de un puñado de hombres decididos, se apoderó de muchos convoyes, lo que no fué obstáculo para que más tarde Fernando VII le condenara a muerte. Murió atravesado por las bayonetas de la escolta que le conducía al cadalso, en Madrid, al pretender fugarse, el 19 de agosto de 1825. Había nacido en Castrillo de Ebro (Valladolid), a cuyos vecinos llamaban «empecinados» los de otros pueb'os, por el lodo o «pecina» formado por unos arroyos que pasan por Castrillo.

Defensor del régimen liberal, sufrió destierros y persecuciones por el partido absolutista, y en la época de la intervención de los 100.000 franceses ejercía un mando en el ejército del general Plasencia. «El Empecinado», al capitular dicho cuerpo, fué a Aranda de Duero, y en Roa le prendieron y condenaron a muerte.

CENT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA
Y LITERATURA

Comisión de Redacción: José Peirats, Federica Montseny.

Administrador: F. Montseny,
4, rue Belfort, TOULOUSE
(Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Fran-
cia, 204 francos trimestre; Exte-
rior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 % de descuento
a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire.
C.C.P. 11-97-21, 4, rue Belfort,
TOULOUSE (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año IV

Toulouse, agosto 1954

Nº 44

Sinceridad y convicciones

DEMOSLE, SI ES POSIBLE, ALTURA AL DEBATE

«... Veo claro en el litigio que divide a los que debieron permanecer unidos por encima de todo. Al fin y al cabo son hermanos. Tengo formado mi juicio y lo mantengo sin perder la ecuanimidad. Entre quien se aferra a las «abstracciones doctrinarias» y quien se inspira en las «realidades vivas», yerra el primero y acierta el segundo.

«Es de ilusos abordar los problemas sociales en base a simples teoremas. La «debilidad de los principios» nada puede contra la indiscutible «fuerza de los hechos». Pero en el choque entre ambos conceptos hay que evitar el ultraje.»

(De una carta que selló la ruptura entre dos viejos amigos).



UANDO las cosas dichas en privado se refieren directamente a las manifestaciones presentes y futuras de una tendencia que supo dar prestigio e irradiaciones internacionales la brillante ejecutoria de sus defensores, y los lineamientos de esa tendencia entroncan con el próximo mañana de un pueblo que no quiere seguir llevando a cuestas por más tiempo la cruz de su martirio y espera con ansiedad febril la hora de romper sus cadenas, es siempre lícito el afán de procurar que lo que se habla y lo que se escribe sea besado por el aire y por la luz de la calle, sin medio de sustraerlo al público comentario.

Ya sabemos que, de ordinario, tal hecho escuece. Como casi todo lo insólito. Pero hay que negarse a cumplir los deberes que impone una tradición absurda. Si el escorzo—siempre vital—obliga a sostener en presencia de todos aquello que antes era dicho solamente al oído de unos cuantos, miel sobre hojuelas.

De ese modo se ensancha el Foro. ¿Perdemos algo con ello? Al contrario. Ganamos en limpieza...

¿ESTA CLARA LA INTENCION?

Nos proponemos conseguir lo apuntado, aun teniendo conciencia plena de cuán limitados son nuestros recursos. El firmante de la carta pica muy alto. Y es obligado confesar que nuestras pobres alas no permiten seguirlo en su rauda vuelo a unas zonas que son para nosotros casi totalmente desconocidas. Es por ello, que nuestra confutación habrá de ceñirse a una rápida síntesis, con lagunas en que pueda sumergirse un Continente...

No importa. Más que de un derecho—y es al derecho que se refiere lo lícito—, se trata de un deber. Y de su

cumplimiento se deriva un beneficio incuestionable para todos, por lo mismo que, obligado a dar la cara abiertamente, impide que algunos se hagan sospechosos de dualidades que no deben tolerarse.

No puede cuadrarnos imitar algunas de aquellas que se registran en determinadas esferas, que es lo que se hace al invocar a troche y moche—la mayor parte de las veces sin que venga a cuento, o viniendo a cuento en sentido contrario—, la fuerza de la realidad.

¿Qué se nos quiere decir con ello?

Cierto es que algunos cuerpos, en virtud de propiedades y de reacciones que no alcanzamos a percibir, cristalizan en dos formas geométricas distintas, sin la menor concordancia entre una y otra. Pero tal fenómeno es inconcebible cuando se trata de las ideas fundamentales en el hombre. A los cuerpos que brindan el ejemplo señalado de dualidad, les falta el pensamiento, o sea lo que en nosotros sirve de motor a todas las voliciones.

PARALELOS IMPOSIBLES

El hombre no puede fijar su mirada en esas realidades para imitarlas y someterse a ellas. Sería signo evidente de desequilibrio establecer determinados paralelos. Ni se puede. Nuestra misma constitución orgánica se opone a ello.

En la naturaleza los fenómenos no se producen en la misma forma y con iguales alcances que en la sociedad. ¿Es que no lo estamos viendo a cada momento?

En la naturaleza todo obedece a leyes mecánicas que predeterminan los hechos. En las agrupaciones humanas no hay rumbo en que no intervenga en mayor o menor grado la voluntad de los hombres.

¿Que el hombre es una manifestación en pequeño de todos los elementos que integran la naturaleza? Es incuestio-

nable. Pero no siempre ni en todo puede ser comparado con ella sin reducir más o menos su categoría. Porque a los elementos de que está integrada les faltan, separadamente, aquellos atributos que le han dado al hombre, merced a una conjugación maravillosa, su principal distintivo.

El fósforo, por ejemplo, *no piensa*. Sin embargo, es el cuerpo que más poderosamente contribuye—asociándose en el cerebro con otros cuerpos—a vigorizar la facultad pensante. Es posible que sin él se eclipsara totalmente.

NOS DEBEMOS A LA VERDAD

¿Hermanos aquellos que están ahora enfrascados en un litigio estridente? Digamos con ruda franqueza que tales palabras suenan a cencerro. Pudieron serlo ayer. Pero a estas horas los hechos hablan de otra manera muy distinta. Y ya no lo son. Las insuficiencias—o los apetitos—destrozaron los nexos que les unían.

Porque no cabe la hermandad entre enemigos y partidarios—séanlo éstos fugazmente o por tiempo indefinido—de la gigantesca aberración y de la tremenda injusticia expresada por el hecho de gobernar unos hombres a otros, generadora de todas las desigualdades sociales.

Gobernar es someter. Ser gobernado es estar sometido. No importa el color del yugo, ni importa su grado. El sometimiento niega en redondo la libertad, punto luminoso hacia el cual avanza el mundo. Niega la fraternidad, por constituir un imposible matemático mientras los hombres no sean libres e iguales en derechos.

Todos los gobiernos, sea cual fuere su marchamo, afirman el vasallaje. El más *liberal*—que lo será mientras determinadas circunstancias no le aconsejen dejar de serlo—convierte en súbditos a los individuos, negando—incluso en los momentos de mayor *liberalismo*—aquellos atributos contra los cuales no se atenta sin cometer un crimen.

Es curioso—y es algo peor—que quienes nos acusan de permanecer de espaldas a la realidad, no invoquen aquélla en que la naturaleza proclama que *todos los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos*, echándole en cara de ese modo a la sociedad una infamia sin nombre.

«ECUANIMIDAD» DE TIPO NUEVO

«Tengo formado mi juicio y lo sostengo sin perder la ecuanimidad». Ello no aparece muy claro que digamos. Guayau—filósofo predilecto, en otros tiempos, de aquel a quien replicamos—decía que *la duda constituye la dignidad del pensamiento*. Pero salta a la vista que la filosofía del autor de «Esbozo de una moral sin sanción ni obligación»—como la lógica, como la coherencia—es un ingrediente que nada tiene que ver con las volteretas o las claudicaciones. Más bien las estorba.

Hay cosas que no pueden ser dichas en serio más que a condición de que quien las dice haya perdido casi por completo la estima de sí mismo. Declarar indudable—sentencia sin apelación—que los apologistas del garrotazo y tente tieso están en lo cierto y que yerran los cantores de aquellos atributos que son sagrados, no es de ecuanimes. Es de fanáticos. Es característico de aquellos que cierran los ojos a la razón. Es negar lo mismo que se afirmó millones de veces. Es desmentir caprichosamente lo que en todas partes se muestra con claridades meridianas. Y es sostener, sea por amaurosis, sea también por capricho, lo que demuestra falso una experiencia histórica de siglos. Y es cohonestar todas las vilezas que azotan al hombre y reducen a pavesas su elevada categoría.

¿Puede hacerlo alguien que no esté corrompido por bajos afanes de mandarínato? ¿Puede hacerlo alguien que en el pasado hablara alguna vez de libertad, de derecho, de justicia, de autonomías individuales, sabiendo más o menos lo que decía?

No. Rotundamente, no. Es un lenguaje que corresponde a los cómplices, francos o larvados, del despotismo.

«DEBILIDAD DE LOS PRINCIPIOS» Y «FUERZA DE LOS HECHOS»

¿No se tratará de una lamentable inversión de los términos en que el problema está planteado desde siempre?

¿Cómo demostrar que *los principios surgen para someterse a la realidad*? Se nos habla como a los párvulos del último banco de la clase. Porque el progreso humano es indicación terminante de lo contrario. Sería una palabra sin sentido, si la realidad no se sometiera siempre, en mayor o menor grado, a los principios.

Repitamos la afirmación en otros términos. *Las realidades* de cada hora no son otra cosa que *las abstracciones* de horas precedentes, convertidas en hechos.

Las abstracciones son siempre doctrinarias, sin medio de dejar de serlo sino para convertirse en realidades vivas. Y resulta en extremo curiosa esa «debilidad de los principios» que en todos los casos, tardando un poco más o un poco menos, acaba por imponerse y por trazarle rumbos nuevos a la «fuerza de los hechos».

¿Sería una frase sin sentido—con llevar la marca reclusiana—la afirmación de que *la sociedad es un organismo de ideas*? ¿Nació el anarquismo para adaptarse a la realidad? ¿Qué habría de él sin la virtud admirable de encararse con ella en todos los terrenos, abonando su obstinación ejemplar con jugos de sacrificio?

Nada se transformaría sin que las realidades del momento, impelidas de modo irresistible por la fuerza extraordinaria de los principios, dejaran franco el paso a otras nuevas.

Mil ejemplos a la vista de todos lo prueban a diario. ¿Es otro el lenguaje que habla la eslabonadura sin fin del progreso en todos los órdenes y en todos los tiempos?

SE TOMA EL RABANO POR LAS HOJAS

¿Quién manifestó alguna vez el propósito de resolver los problemas sociales en base a simples teoremas? La cosa es muy distinta. Se trata de que los teoremas—que no tienen que ver en ninguna forma con las *abstracciones* que ahora sirven de bandera a los que llamándose todavía anarquistas consideran en bancarrota al anarquismo—nos permiten una visión más certera, ya que únicamente son válidos después de la prueba terminante de su fundamento que les es exigida.

¿Puede haber seriedad en reprocharle a nadie su empleo? Si prescindimos de ellos ordinariamente, no es por capricho, ni por miedo a los sabihondos de nuevo cuño. Es porque nuestra ignorancia nos impide utilizarlos.

¿Habían de ser tan sólo aplicables los teoremas a la rotación o a la traslación de los planetas o al funcionamiento de las máquinas? El absurdo de tal exégesis no es inferior al de aquella que admitiera que la Biología no estudia más *leyes* que las relacionadas con los caballos, con los diputados a Cortes o con los conejos.

¿Existen verdades que lo sean para el mundo y no para sus gusanos? ¿Cómo se fabrican ciertos topes? ¿De dónde salen? ¿Qué base tienen? ¿Puede ser desvinculada la sociedad—la vida del hombre—de ese *capricho* de Newton que llamamos la *gravitación universal* y de otras leyes igualmente comprobadas?

Los teoremas expresan lo comprobado. Sin la demostración se hunden en la nada y no se habla más de ellos. Expresan la realidad. Una realidad, sea del orden que fuere. Y no cuesta el menor trabajo comprender que los impugnen—considerando extemporáneo su empleo—los ilustres indocumentados que hablan de someterse a la realidad en toda la línea y estiman que sólo podrá transformarse en alguna cosa, si desde los altos puestos de mando se dan facilidades para ello.

¡Es para dar esas facilidades que aspiran ellos al ejercicio del Poder! Si existe medio de establecer el Comunismo Libertario por decreto, teniendo buenos compañeros arriba, ¿no es preferible que intentarlo por medio de luchas cruentas?

NUESTRA INSUFICIENCIA

No conocemos más que de nombre los teoremas. Por lo tanto—y convenía señalarlo—, la nuestra no es una defensa *pro domo sua*. Somos profanos absolutos en ecuaciones matemáticas. Las cuatro primeras reglas—que aprende cualquier jirafa—y basta. Nuestra ignorancia en geometría es tan francamente enciclopédica como en otras muchas cosas.

Desde los *Elementos*, de Euclides, hasta *La Relatividad*, de Einstein, median muchos siglos. Para nosotros, como si tal cosa. En su decurso las matemáticas le dieron al mundo un emporio de conocimientos. ¡Y hasta los prolegómenos de esa obra grandiosa nos son desconocidos! Nos escapa rigurosamente el medio de penetrar en ellos.

¿Cabe una confesión más clara y más humillante?

Pero ahora, aguijados por la dura necesidad—que es el escultor supremo de muchas cosas—, y con ayuda de un prontuario al alcance de todos, hemos aprendido unos detalles elementales. Es muy difícil resignarse a ser... *sconquassato* en cualquier terreno por el primer contrito que le salga a uno al paso.

Esos detalles bastarán para no quedar mal, si el firmante de la carta, según creemos, es tan profano en esa disciplina como nosotros. Si nuestras suposiciones son equivocadas y el arrogante areopagita enemigo de la aplicación de los métodos científicos al examen de los problemas de la vida social y de la vida humana nos tunde sin misericordia, paciencia y a rascar.

Entonces dejaremos eso de los teoremas, que nos viene muy ancho, para resarcirnos en otros terrenos. Que las ideas, cuando se han hecho carne en nosotros y vibración perenne, pueden ser defendidas con eficacia en mil formas diversas. Pero jamás se las defiende negándolas o—lo que es muchísimo peor—escarneciéndolas.

¿Se hace otra cosa cuando se intenta cohonestar en su nombre determinadas piruetas y genuflexiones más o menos arlequinescas?

POR LO DEMAS...

Ha hecho bien el anarquismo utilizándolos siempre que viene a cuento. Creemos recordar que Reclus y Tárrida del Mármol se sirvieron de algunos teoremas para volar en fragmentos torpes impugnaciones del anarquismo hechas por aquellos sectarios que lo combaten buscando puntos de apoyo en grotescas leyendas.

¿No tiene el radio vector geométrico estrechísimo parentesco con el de otro signo que conduce al espíritu humano a través de la Historia? El primero es acaso más fácilmente perceptible que el segundo. Pero su función, en la esfera que le corresponde, es la misma.

Ambos parten de un *punto fijo*. Y ese punto debe ser tenido en cuenta a todas horas, ya que no haciéndolo así se pierde el sentido de las direcciones variables que pueda tomar. Lo grave es que esas direcciones sean de un carácter no previsto, como es fatal que suceda no partiendo de un punto fijo, y que en vez de ser trazadas por los factores que le conducen directamente al espíritu y lo mueven, traduciéndose en conciencia y voluntad, tengan su primordial o su único movente en las exigencias del estómago y brutales afanes de jerarquía.

Porque entonces se desemboca irremediabilmente en el laberinto.

EL PELIGRO DE LOS ESTANCAMIENTOS

Las querellas provocadas por la línea sinuosa de un colaboracionismo retirado de la circulación hace ya mucho tiem-

po, son incapaces de determinarlo. Esas bagatelas no dejan huella. La deja, sí, todo lo que le sirve de motor a la oposición con que los adaptados tropiezan.

No hay peligro de que ciertas muecas histéricas detengan la marcha del sol o motiven cambios de rumbo en los acontecimientos. ¡Ni pensarlo siquiera! Las desviaciones patrocinaadas por aquellos que cansados de ser yunque quieren convertirse en martillo a costa de lo que fuere, no han de retrasar ni de un segundo el arribo a la soñada meta.

Esa meta no es trazada por designio de unos cuantos hombres, mejores o peores que los otros, inteligentes o zafios, Sísifos del ideal o desdichados cultores del mendrugo, sino por las mismas esencias del espíritu a que nos hemos referido, factor que en última instancia lo mueve todo.

Es trazada por las necesidades y por las aspiraciones del conjunto, anteriores y superiores a la grosera especulación y a los bajos apetitos que comunican su impulso a un grupo mayor o menor de vainas ilustres.

A veces, después de un alto momentáneo, impuesto por lo que fuere, se emprende una carrera más vertiginosa que nunca. Lo hemos visto más de una vez.

¿Tiene alguien la seguridad de que no estemos a punto de verlo nuevamente?

SEGUIRA LA MARCHA...

Lo que pesa, es eficaz y deja huella profunda—aun cuando ni tan sólo lo sospechen aquellos que patentizan ahora su convicción de que en cuestiones de doctrina no viene nunca del grupo de una provincia y que no hay que detenerse mucho en las cosas que más bien estorban para vivir a la que salta—es la afirmación constante—que no debe ser atenuada bajo ningún pretexto, sean cuales fueren las circunstancias—de unos principios cuyo sentido de eternidad refleja el anhelo más vivo de los miserables y de los sometidos que sueñan con la libertad y con el pan que les son robados por una prepotencia que se vendrá abajo con estrépito cuando le falte el concurso de aquellos que la vienen soportando desde hace siglos.

Y la forma más positivamente eficaz de ese concurso se expresa interviniendo en las funciones autoritarias, en el Parlamento, en el Gobierno, o—sin intervenir en esas instituciones directamente—valorizándolas, en nombre de no importa qué burdo sofisma, a los ojos de sus mismas víctimas.

Ello es siempre delictivo. Pero lo es mucho más todavía cuando toman a su cargo esos menesteres quienes hablaron un día de transformaciones sociales a beneficio de todos, haciendo constar que en ningún caso era posible realizarlas de arriba abajo.

Es lo que nosotros, contra todo y contra todos, por ser una verdad absolutamente comprobada y porque conviene que el pueblo se la aprenda de memoria, seguimos afirmando, mientras nós reímos de un revisionismo de nuevo cuño sin más punto de apoyo que la ridícula vacuidad de sus sostenedores, o su torpe afán de trepar a la cumbre tremolando al viento la bandera de la igualdad...

CONCLUSION

No hemos de oponernos en nombre de nada a que cese *el ultraje*. Por dos razones igualmente poderosas: la primera, porque *opera* contra los no contritos; la segunda, por tratarse de un *recurso* del que podemos prescindir. Disponemos de otros cuya elevación y cuya eficacia son incomparablemente superiores.

Pero hemos de recordar una *boutade* célebre. Creemos que convenga repetirla ahora. En el curso de una campaña intensa realizada en Francia por la supresión de la pena de muerte, se le preguntó a Alfonso Karr qué juicio le merecía aquel propósito. Y contestó:

Muy santo, señores; muy elevado, muy noble. Pero lo más lógico sería que principiaran los asesinos.

Eusebio C. CARBO

El antidogmatismo de HAN RYNER

IV

«La sabiduría nos advierte que toda orden debe ser entendida como consejo, y que debemos examinar si este consejo es razonable o no; si este consejo, venido de fuera, corresponde o no a nuestra conciencia.»

(«Contra los dogmas»).



RECORRER el vasto jardín literario y filosófico creado por Han Ryner es respirar el delicioso perfume de un pensamiento delicado y a la vez generoso, que no solamente nos inunda de íntima voluptuosidad y de vivificante simpatía, sino que exalta nuestro gusto por la verdad y nuestro odio hacia el dogma, sea filosófico o religioso, protestante o católico, «que afirma fuera del dominio de la afirmación y restringe la libertad del ensueño».

El respeto al pensamiento ajeno, a la personalidad de cada uno, es posiblemente la principal característica de la filosofía de Han Ryner. En «La sabiduría», luminoso reflejo de su alma encantadora, como en su folleto «El subjetivismo», se pueden captar las grandes líneas de su pensamiento y discernir esta preocupación dominante de no ser jamás para el próximo una causa de error. «Incluso cuando se me da la mano —dice él— es prudente tener los ojos abiertos.» Siempre inspirándole la misma ansia cuando pide claridad a los filósofos, precisión y lógica: «Pongo orden en mis pensamientos para que el lector y el oyente puedan seguirme...», no porque deban seguirme.» Pero estima que la lógica es un precioso instrumento investigador, y sabe mostrar de aquélla, no los peligros sino el mal uso que pueden hacer de ella ciertos espíritus dogmáticos para disfracar el carácter especioso de sus afirmaciones.

Han Ryner no es positivista; o, posiblemente, lo es de una manera tan radical que desconfía incluso de la afirmación científica, aunque sabe que la ciencia es depositaria de las verdades más aproximativas: «Las ciencias positivas han adolecido frecuentemente de una ambición demasiado vasta al expresar los vínculos maravillosos entre los fenómenos psíquicos y el fenómeno universal de la substancia universal; han empezado a constituirse el día en que han renun-

ciado a tales pretensiones. Su ejemplo me instruye. Me aparto de la alquimia de la felicidad, de la llamada moral, y me acerco hacia la humilde química que algunos antiguos llaman sabiduría».

Sin embargo, no es por ello metafísico en la acepción ordinaria de esta palabra: «Buscar en la metafísica la regla de su vida —dice— es modelar la vida según el ensueño y transformar la conducta humana en no sé qué feroz sonambulismo. Equivale a ordenar y levantar las piedras del abrigo indispensable sobre el vago flotar de las nubes» («El subjetivismo»). Se niega él a afirmar, se prohíbe construir en las nubes, pues quiere vivir armónicamente sin, por ello, negar el saber: «En principio, me siento tentado a acceder a todo, aquí y allá, sin emocionarme mucho ante la contradicción». Y, aquí, Han Ryner aborda el muy delicado problema del determinismo y de la libertad:

«Todo intento de raciocinio contiene una afirmación de la libertad. Por el determinismo lógico —forma quizás un poco grosera de la libertad intelectual— escapa al determinismo fisiológico o psicológico que te imponía ideas dispersas, desarmadas e imprecisas.» «Para que actúe —continúa— es necesario que me crea libre», y, sin embargo, «destruir mi creencia en el determinismo sería suprimirme todo motivo de acción y romper el resorte mismo de mi libertad» («El subjetivismo», pp. 32-33).

He aquí como concibe Han Ryner la libertad: «Es el poder de elevarse por encima de las pasiones y de los sentimientos instintivos; Epicteto y Tolstoi serían determinados a obrar de tal suerte porque precisamente son Epicteto y Tolstoi.» Por otra parte, Han Ryner lo reconoce puesto que añade: «Lo que yo llamo libertad preferís vosotros llamarlo potencia.» En este caso estamos todos de acuerdo, y es con justa razón que Manuel Devaldés nos dice con respecto a esta controversia entre dos probos filósofos de

los tiempos presentes: «No objetamos a Han Ryner por su vocabulario; no es un filósofo gubernamental y su libertad no perjudica a nadie; al contrario, puesto que usa de ella como si le diera su verdadero nombre: potencia».

El equívoco sobre la palabra libertad, ¿no procede acaso, una vez más, de la desconfianza hacia el dogma? Sin duda, puesto que Han Ryner nos dice: «El determinismo tiene su dominio; la libertad tiene el suyo. Y sin embargo, uno y otra llenan magníficamente el universo... La gran belleza del determinismo es que convierte el mundo en inteligible». Y termina así: «Amo tu esfuerzo heroico, determinista, calbucente de pobreza material. Pero tú, libertad, cántico de riqueza formal, esparces por doquier una luz y una sonrisa de humanidad. No separéis nunca de mi espíritu vuestro noble y suave enlace. Pues quiero conocerme yo mismo como materia y objeto de ciencia; quiero realizarme yo mismo en forma, armonía y objeto de amor» («El subjetivismo», p. 24 y siguientes).

Cuando Han Ryner aborda la cuestión de las morales las considera todavía del punto de vista de la libertad humana. Desde las llamadas por él moral de esclavos, o servilistas, o de obediencia a Dios, hasta las que exigen esta obediencia en nombre de entidades diversas: deber, humanidad, solidaridad, raza, patria, las rechaza todas, pues son para él expresiones de una autoridad externa. He aquí como se expresa a este objeto: «Yo contemplo los gestos de las manos de vuestros sacerdotes y veo que son mentirosos y atrapaincautos. Dios, no estoy seguro de tu existencia, y si existes, yo no sé lo que eres e ignoro lo que quieres. Tus intérpretes, ¿por qué han de saber más que yo? Si afirman ellos cuando yo dudo, es que unos tienen la sinceridad del eco, pero otros la ambición de conducirme y la avidez de explotarme» («Variedades del individualismo», p. 30).

Si obedecer es para Han Ryner fealdad, cobardía, mandar no es menos vil a sus ojos; el dominismo no vale más que el servilismo. El amo, muchas veces, no es más que el esclavo de sus propios esclavos; se halla atado a la cadena que le une a aquéllos; vive bajo la perpetua amenaza de ver su autoridad dislocada y aniquilada. ¿Qué es lo que queda, pues? Amor, sabiduría, fraternidad y subjetivismo, o, si sentis preferencia por los nombres antiguos, cristianos y estoicismo.

Han Ryner acepta, pues, la doctrina de amor del cristianismo; pero juzga severamente a sus pretendidos representantes actuales: «Curas: Jesús os rechazaría. ¿Acaso no le crucificasteis vosotros? No sois de esos brutos que matan gratis sino al contrario, unos sutiles ladrones. Habéis escamoteado su cadáver y deformado su palabra. El nombre de Jesús es grande porque fué enemigo de los curas, de los tiranos y de los ricos, porque prohibía juzgar, porque destruyó la moral llamada entonces Ley o Thora. ¿Qué habéis hecho de él? Vuestra misión es humillar a los débiles ante los poderosos y sus mentiras» (El quinto evangelio).

Han Ryner menosprecia igualmente el individualismo cuando significa la realización del «yo» para la opresión de los demás. El nietszcheísmo «es la última moda de la locura», e implica para sus espec-

tadores «pobreza y egoísmo». La voluntad de potencia debe emplearse sin pasar de ningún modo brutalmente sobre otros individuos, de lo contrario es un error. «Se convierte en verdad —escribe— si este imperialismo me es interior totalmente, si es a mí mismo a quien quiero dominar y crear» («Variedades del individualismo», p. 30).

Han Ryner, como Jesús y Epicteto, rechaza las palabras externas: «Haz callar las afirmaciones de los partidos, de las religiones positivas, del libre pensamiento de rebaño. Haz callar las voces de tu país y de tu siglo. Todo esto no es tú» («El subjetivismo», pp. 59-60). Lo que quiere Han Ryner es la realización de cada uno según la vieja fórmula de Sócrates: «Conócete a ti mismo», pues, «¿cómo esparciré a mí alrededor la felicidad y la serenidad antes de poseerlas yo mismo?... Nadie aprende nada si no es de sí mismo —añade— y de las circunstancias de su vida. Sólo la experiencia directa es verdaderamente educadora».

Todo depende de nuestros actos interiores y es sólo de nosotros que dependen aquéllos: «La felicidad ajena no puede ser la obra de mi violencia. Mi voz puede gritar. ¿Por qué prodigio hará escuchar a los demás su voz interior? Nuestro esfuerzo útil, en efecto, será casi siempre subjetivo. Sólo puedo iluminar a mi alma para que se convierta en hoguera cada vez más grande a fin de dar a quienes sienten frío en las tinieblas un poco más de luz y de calor» («El subjetivismo»).

Tal es el pensamiento de Han Ryner. Quizás se equivocó en calificarlo como lo hizo, pues el subjetivismo que visa la formación personal de cada uno no debe ser confundido con el subjetivismo metafísico que pretende encontrar la verdad por la sola consciencia, sin tener en cuenta la razón y la experiencia. Pero su doctrina o, más bien, su enseñanza, se justifica puesto que pretende liberar a los hombres de las dos tendencias que se disputan su personalidad, el servilismo y el dominismo, gracias a las cuales los más sublimes evangelios han quedado en letra muerta: «¿Es qué nada sirve para nada?».

Jesús ha querido destruir los cultos exteriores, las reglas y las leyes; la ironía de las cosas y la habilidad de los poderosos han hecho de él el fundador de la más organizada de las religiones. Predicó él la igualdad, y su recuerdo sirvió para autorizar y sostener todas las jerarquías. Los sacerdotes fueron intolerantes en nombre de esta víctima de la intolerancia de los sacerdotes; mataron estos por la gloria de aquél a quien ellos mataron. («El crimen de obedecer».) Por lo tanto, en su libro «El quinto evangelio» hizo revivir el verdadero Jesús, enemigo de los curas y de las leyes, aquél cuyos discípulos — nos dice Han Ryner— «no conocieron las profundidades libres del amor; esclavos de una fe grosera y de una grosera esperanza, destruyeron la fe a la ley para edificar la ley de la fe». E interpreta la doctrina del crucificado:

«La sabiduría quiere que se obedezca, pero no a los demás... Toda la ley escrita es locura, y asimismo toda ceremonia religiosa... Lo que está escrito en el corazón de los buenos vale más que lo que está escrito en la ley maldita... Porque hay malos pensamientos en vuestros corazones y porque hay palabras

de odio en vuestros temblorosos labios... Jesús enseñó grandes cosas que pueden oírse con el corazón y los curas las pequeñas cosas; pero no enseñó como los escribas que divierten o embarazan el espíritu; y no enseñó tampoco como los escribas y los sacerdotes servidumbre y autoridad, como el esclavo que repite a otros esclavos las órdenes del amo. Enseñó él con libertad, como un hombre que habla a los hombres, como un corazón que desborda en otros corazones. No hacéis como los doctores de la ley que exigen un salario para decir lo que creen ellos ser la verdad... La palabra y el amor no se pagan con dinero. Y si alguien los paga con dinero no son ya ni palabra ni amor. Así, pues, lo que hayáis recibido gratuitamente de mi amor dadlo gratuita y amorosamente» («El quinto evangelio»).

Este libro es de una doctrina senamente sugestiva, y compartimos el parecer de Manuel Devaldés sobre «El quinto evangelio»: «Cuales quiera que seáis y cómo penséis, leed este libro; quizás a causa de él creeréis en individualista y en el amor; quizás os convertiréis en seres más libres y mejores».

En otras obras, donde resucita a personajes del pasado, tales como Pitágoras («El hijo del silencio») o Sócrates («Las verdaderas pláticas de Sócrates»), Han Ryner trata de restituírnos a individualidades

que fueron frecuentemente veladas por los que tenían el deber de transmitirnos integralmente su pensamiento. En todas sus obras se revela la misma preocupación de extraer la verdad escamoteada por la impostura dogmática. Y su objetivo es siempre instar a los hombres a desnudarse de sus apariencias exteriores y ficticias, que también constituyen dogmas para que puedan contemplarse en su desnudez íntima. Y les enseña entonces a modelarse según el ideal personal.

Este objetivo de sus enseñanzas lo ha expresado en la siguiente exhortación en que termina una de sus conferencias:

«Queridos amigos: cada uno de nosotros puede hacer una cosa, cada uno de nosotros puede producir en sí mismo un hombre a imagen del futuro hombre que soñamos. Que cada uno de nosotros realice este acto, al parecer mediocre, pero que es el más maravilloso y la más maravillosa de las obras maestras. Que cada uno se esculpa y se realice según soñó al hombre del porvenir. Y en medio de las fealdades y tristezas del presente formaremos ya un maravilloso oasis de bondad y de amor.»

HEM DAY

(Trad. J. Peirats.)

El próximo y último trabajo se titulará: **Penegirico**.



Cartas viejas Joseph ISHILL

QUERIDO amigo Ishill, Aunque, por los volúmenes que me enviaste hasta ahora, fui advertido en cierto modo y pude imaginarme como sería tu Antología **Free Vistas** (1), te confieso que, ayer, cuando recibí esta obra, he experimentado una de las más raras emociones de mi vida de jornalero de la idea y del libro. Quedé completamente aturdido de asombro, de admiración, de alegría. No es ninguna exageración de mi parte. En la Biblioteca pública que dirigo, se encontraban entonces algunos lectores: les hice reunirse alrededor mío, mostrándoles este tesoro de arte, de pensamiento y de empeño idealista, hoja tras hoja, examinando el texto, la composición gráfica, las ilustraciones, los matices de la tinta, la variedad del papel. Cada hoja dada vuelta descubría una nueva sorpresa, suscitaba un nuevo encanto. Los jóvenes que me rodeaban no podían creer que esta es la obra de un sólo hombre. Y cuando les he relatado como la has realizado, en qué condiciones de firme aislamiento y en medio despiadado—allí en la Babilonia norteamericana— hemos sentido, todos, en esa hora resplandiente, el consuelo que sólo la acción hermosa, pura y hondamente humana puede dar en estos tiempos envenenados por la miseria y el odio.

Tienes razón, amigo Ishill: **Free Vistas** «no tiene igual». De los diez volúmenes que constituyen esta Biblioteca, no hay uno solo que pueda confrontarse con tu Antología, pese a que se encuentran aquí, por ejemplo, las magníficas ediciones francesas de la **Divina Comedia** y de **Don Quijote** con los grabados del genial Gustavo Doré. Lo que has realizado es una maravillosa síntesis del arte gráfico, del espíritu crítico, del idealismo positivo y de la acción social. Poder armonizar la imagen con la idea, la estética con la ética, la fé desinteresada con el imperativo de la transformación social, es un hecho ejemplar, una gran hazaña. Porque tú—sólo, gracias a un trabajo verdaderamente titánico y a la vez terriblemente metódico—has dado expresión a tan elevados anhelos, a tantos pensamientos esclarecidos y a tantos poemas que purifican y renuevan el alma. Las contribuciones de los poetas, novelistas y artistas, de los filósofos, sociólogos, investigadores científicos y luchadores de casi todos los centros libres de la cultura contemporánea, han recibido en tu **Free Vistas** una nobleza y una potencia de persuasión insospechada. Has sabido ordenar sus palabras con una precisión y una claridad tan sorprendentes, después de haber seleccionado el texto con una intuición unida a un incontable espíritu crítico. En su conjunto, los textos de la Antología constituyen un fresco del arte y pensamiento actual, depurado, sutilizado, pero dirigido también hacia ideales de libertad y de perfeccionamiento moral e intelectual.

Lo repito, querido Ishill, yo no quiero colmar con

alabanzas tu innata modestia. Pero, embargado por esa emoción suscitada por las **Free Vistas**, tengo que compartirla contigo. Has dado a los fabricantes de maculatura y a las legiones de grafómanos de todas partes una recia advertencia: fé en la palabra escrita, respeto de la **idea viva**, devoción hacia el arte que no debe ser prostituido al gusto vulgar y al mercantilismo rapaz... Y tienes razón también cuando afirmas que quisiste demostrar que semejante obra puede ser forjada por un solo hombre, desde su concepción hasta la ejecución técnica. En esta época del maquinismo febril y de la especialización llevada hasta la idiotez, has restablecido el gran honor del artesano creador, del forjador que piensa y sabe manejar las herramientas. No puedo compararte con el hombre del porvenir, al que no veo todavía libertado de la tiranía de la máquina, del taylorismo, del «trabajo en cadena»; estoy obligado, por el contrario, a buscar tu prototipo en el pasado, entre los benedictos retirados en celdas, y que sacaban bajo las prensas de madera las hojas de los «incunables». Los letrados del siglo de Gutenberg reviven en nuestros días, pero tan pocos, casi únicos, en el alboroto triunfal de los nuevos ídolos: el cine y la radio que tienden a... reemplazar la imprenta.

¡No! el libro no morirá, según creen los fanáticos de la acción brutal. Aún hoy guarda su profundo significado el dicho del monje de Víctor Hugo, quien mostrando uno de los primeros libros salidos de la prensa de Gutenberg, y luego las torres de la Catedral de Nuestra Señora de París, exclamó: **Ceci tuera celá!** (¡Esto matará a aquéllo!). Es verdad que la imprenta provocó una decadencia de la arquitectura; pero, en esas últimas décadas, la arquitectura renace, no como arte sintético, como fué en los tiempos de las catedrales y de los palacios del Renacimiento, sino como expresión utilitaria de la vida colectiva. A su vez, el cine y la radio no matarán el libro sino que, después de un período de reclusión en celdas, como tú mismo te empeñas, el libro volverá a afirmar su prestigio universal, pues el libro permanece como la más sutil, hermosa y eficaz manifestación del espíritu creador humano.

Esta verdad la proclaman tus **Free Vistas**. Y has comprobado algo más: lo que puede realizar de una manera libre un trabajador, un proletario, aún en una sociedad tan hostil a los ideales libertarios. No has trabajado para una «élite» parasitaria, porque todo lo que has publicado bajo la égida de **Oriole Press** es una condena de la riqueza holgazana, un latigazo para las almas pervertidas y las mentes estériles, un ataque a fondo contra la «mediocracia», como la llama el crítico de arte Gerardo de Lacaze-Duthiers, el promotor de la «aristocracia» sobre la cual he escrito un ensayo (v. «Individualismo, estética y humanitarismo», colección «Cuadernos de Cultura», Madrid, 1933).

Has realizado, pues, más que lo que dices modestamente: «mostrar «como anhela un trabajador ver representados los pensamientos y las obras de los artistas». Otros, más capacitados que yo, van a decir lo que cabe decir. Yo quise confesar mi profunda alegría y admiración para las **Free Vistas** que, por sus cualidades literarias, estéticas y éticas, expresan también una alta escuela del arte gráfico; cada página es, a la vez, una lección de técnica tipográfica, de compaginación, de armonía entre la letra y el papel, entre la tinta y la imagen. Esta obra debe estar en las manos de todos los profesores de arte gráfico; ella es una inagotable mina de enseñanzas prácticas, una continua renovación de la imaginación en el cuadro riguroso de la «línea», una sucesión de armonías —hasta musicales— desprendidas del portátil de las letras, cada vez **otras** de una página a otra. Nunca he imaginado que una página impresa puede tener tantos matices, tantas expresiones vivas, como rostros bajo los cuales late la sangre cálida de la creación.

¿Qué puedo decir más sobre las reproducciones: grabados, membretes, viñetas, retratos, iniciales? Algunas, como los «Cautivos de guerra», de Maurice Duvalet, o «Las bañistas», de John Buckland Wright, me han fijado la mirada como en una hipnosis. No hago más que mencionar aquí las imágenes —ideas de Frans Masereel y los símbolos de acción de mi amigo Alberto Daenens.

En cuanto a la pequeña novela «Un cirio de Pascuas», de I. L. Caragiale, y la fantasía de D. Anghel, traducidas por tí del rumano, no significan solamente la integración de dos obras nacionales en la literatura universal, sino también el homenaje que una conciencia libre y un alma nostálgica como la tuya pueden rendir, desde allende el océano, a la literatura de un país que debiste abandonar hace cuatro decenios. Está seguro que estas traducciones serán destacadas; evidentemente, a regañadientes, como lo hacen los niños testarudos ¡a quiénes se les ha dado una lección de buena conducta!

Dejé para el fin la cuestión personal. «Hubiese deseado hacer más para usted», me escribes con candor que me regocija. Pues lo que has hecho para mí es de una generosidad tan espontánea, que no sé como sería posible agradecerlo. Sólo un alma dadivosa como la tuya puede decir que «ha hecho demasiado poco». Por el contrario, me has dado «la parte del león» y eso sería más bien una molestia para mí. Estoy, sin embargo, encantado por la intuición fraternal con la cual ha escogido entre mis obras dos piezas verdaderamente esenciales: el poema en prosa «El Silencio» (que es un «jeroglífico» de mi espiritualismo) y, de mi novela «Voces en sordina» (Mirón el Sordo), el capítulo «Sobre la montaña de la Vida», que es una declaración de fé individualista bajo la primacía de la libertad. He reconocido en la versión inglesa el ímpetu poético de Rose Freeman —Ishill, la traductora. En cuanto al modo en que has encuadrado estos dos textos, entre el prólogo de Stefan Zweig y el dibujo de Lazar Zin, añadiendo al final tus comentarios, firmes y amargos a la vez, permíteme que no te diga nada: aprieto tu mano con gratitud, sobre todo para la última parte de la nota. Tienes razón. ¡Dolorosa razón!

Tengo que precisar que estas líneas tuyas sobre

el «proverbial profeta» que lleva su vida ignorado en su país, pero cuyo espíritu es recibido amistosamente por los espíritus libres de otros países, aparecieron pocos días después de haber sabido por el Dr. Arnold Kalisch (el redactor de «Friedensfront», de Berlín, y que se exiló con su familia en Dinamarca a causa del terror hitlerista) la noticia que **Wege zum Frieden** —Los caminos de la Paz— la obra colectiva que he realizado como testimonio de solidaridad supranacional, tuvo la misma suerte que la de tantas otras obras «no arianas». Reproduzco algunas líneas de la carta del Dr. Kalisch:

«Los bandidos han ocupado la imprenta de Paul Riechert, y han saqueado todo. Sólo las máquinas y el pesado material de impresión quedaron en su lugar. Pero todos los libros y folletos, las cartas, los documentos, los rollos de papel, fueron cargados en dos autocamiones y llevados ¿quién sabe dónde? Riechert y otros dos fueron hechos presos durante diez días; no encontrándose motivo reales de acusación, les soltaron. Pero no se sabe que va a seguir de aquí en adelante». (Algo peor: Riechert otra vez arrestado, arrastrado por las calles con un letrero: «Soy un puerco pacifista»). Otras torturas, otros robos.—E. R.)

Así pues, también lo que quedó en depósito de la edición de **Wege zum Frieden** ha sido confiscado y quemado. Se ha destruido asimismo el manuscrito, el único ejemplar, de mis **Peregrinaciones Europeas** que debía imprimir el mismo editor. ¡Qué consuelo me trajeron tus líneas de **Free Vistas**, en estas circunstancias, cuando parece que el espíritu creador y la paz entre los pueblos quedarán como unas utopías inaccesibles! Pero se ha fortalecido mi convicción de que el odio ciego no puede destruir nada, mientras el idealismo se mantiene firme en su esfuerzo de trabajar en el sentido de la fraternidad universal y de arte que purifica y embellece todo lo que toca.

Que tengas salud y fuerza, amigo, para avanzar por tu ruta espinosa pero que lleva, al fin, hacia la liberación.

Eugen RELGIS

(1) **Free Vistas, an Antology of life and letters**, edited and printed by Joseph Ishill, published privately at «The Oriole Press», Berkeley Heights, New-Jersey, U.S.A., un tomo de 375 páginas, edición limitada a 290 ejemplares.

Contiene prosa y versos de 80 autores, entre los cuales citamos a Rabindranat Tagore, Leonardo da Vinci, H.S. Salt, Elie y Elisée Reclus, Jacques Mesnil, W. Godwin, Emme Goldman, Paul Verlaine, Multatuli, F. Domela Nieuwenhuis, J.H. Mackay, Octave Mirbeau, William Blake, Victor Hugo, Stefan Zweig, Miguel Angel, Walt Whitman, Havelock Ellis, John Keats, Heinrich Heine, H.D. Thoreau, Ada Negri, P.B. Shelley, F.P. y Margall, François Villon, I.L. Caragiale, D. Anghel, Thomas Hardy, L. Bazalgette, Bertrand Russell, Romain Rolland, Henri Barbusse, Remy de Gourmont, A. van Gennep, F. Freiligrath, W.M. Barette, E. Armand, Eugen Relgis, etc.

Las ilustraciones (grabados, dibujos, viñetas, letras iniciales) son firmadas por más de treinta artistas, entre los cuales nombramos a John Burkland Wright, M. Duvallet, Delannoy, M. Luce, B. Sleigh, A. Daenens, Frans Masereel, L. Bloch, Lazar Zin, Salvatore Pinto, A. Sterner, Gordon Craigh, Luis Moreau, E.M. Lilien, William Blake, L. van Hoffman, etc.

Mencionemos, de paso, que J. Ishill es oriundo de Rumania, de la aldea Cristesti, dep. Botoshani. Una bibliografía más detallada se puede leer en el tercer tomo de las Memorias de Rudolf Rucker: «Rebelión y Regresión», ediciones Tupac-Americalee, Buenos Aires, 1953.

TRES MIL AÑOS DE TERROR MILITAR

El pillaje y la destrucción de los civiles a través de los siglos

(CONTINUACION)

LAS civilizaciones se suceden con su genio propio, pero transmitiendo fielmente las «nobles» tradiciones militares. En el precedente número, hemos mostrado la obra del soldado, desde los antiquísimos tiempos de la civilización caldea hasta las guerras del Peloponeso, en plena floración del humanismo griego. En las notas que siguen, vamos a presentar el reverso de una gloriosa decoración que disfraza una época que fué ampliamente canalizada hacia el culto de los salvadores supremos: Escipión, Alejandro el Grande, Tito, Teodoso el Católico y otros césares. - S.V.

En 405 A.C., Esparta salía victoriosa de la gran guerra del Peloponeso e hizo pesar terriblemente su yugo sobre los vencidos. Lisandro, aquel famoso general que Plutarco dice que sabía poner una piel de zorro sobre otra de león, hizo llover las sentencias de muerte y ejecutó gentes en masas. En Mileto, temiendo que los principales miembros del partido popular no huyeran, y queriendo hacer salir de su madriguera a los que estaban escondidos, juró no hacerles daño alguno; y cuando, fiándose en su palabra, salieron, los entregó a la facción oligárquica; eran 800 y perecieron todos. No se podían contar, dice aún Plutarco, las masas de gente del pueblo que Lisandro asesinó en las otras ciudades. Poetas y oradores vendidos, celebraron su gloria. Los elevó a los cargos e hizo de ellos dóciles instrumentos. «Los más facciosos, dice Isócrates, eran mirados como los más fieles, los más pérfidos como los más capaces, y la dulzura natural del hombre se había cambiado en ferocidad salvaje».

Hacia 360, el general tebiano Pelópidas, el mismo que contribuyó a la expulsión de los espartanos de Tebas en 378, invadió la Macedonia y trajo como botín a los niños de las principales familias macedonias.

En la misma época, Alejandro, hijo de Polidoro, oprimía a la Tesalia conquistada mediante la perfidia y la crueldad. «Se entretenía, dice Plutarco (Vida de Pelopidas), enterrando los hombres vivos; cubría a otros con pieles de oso y de jabalí, lanzando contra ellos a los perros de caza que los desgarraban; otras veces, los mataba él mismo a flechazos. En las ciudades de Melibea y de Escotusa, hizo reunir un día a todos los habitantes, que al rodearlos los guardias, degollaron a toda la juventud».

* *

336 años A.C., un gran conquistador entraba en la historia, al tomar posesión del trono de Macedonia. Alejandro el Grande, alumno de Aristóteles, que, al someter a toda Grecia, declaró que las tiranías que existían en el suelo helénico eran abo-

lidas y que los pueblos, en lo sucesivo, se gobernarían por sus propias leyes. (Plutarco: *Vida de Alejandro*).

Algunos historiadores que se colocaron en un punto de vista omitiendo completamente las trituras del «material humano», declaran que la obra de Alejandro el Grande fué profundamente bienhechora y civilizadora. Es lo que aun se enseña a nuestros escolares... No pocas crueldades, sin embargo, fueron cometidas por aquel conquistador, que hizo morir al filósofo Calistano, que unió su fastuosidad oriental con pretensiones divinas, aquel conquistador, del que Arriano nos cuenta la respuesta que recibió de los escitas, cuando su ejército penetró en su territorio: «Tú, que dices ser un exterminador de ladrones, eres el ladrón mayor de la tierra. Piensas ir a pacificar las Indias y vienes a robarnos nuestros rebaños».

Alejandro el Grande se apoderó de Tyra, la soberbia, en 332 A.C. Mató allí 8.000 habitantes y se llevó prisioneros a 30.000. La ciudad de Gaza, en Palestina, quiso resistir como Tyra. Luego de cuatro grandes asaltos, fué vencida. Sus defensores fueron asesinados y sus mujeres y niños vendidos.

En 331 Persépolis abrió sus puertas cuando se aproximaban las tropas macedonias. La ciudad fué, sin embargo, pillada, y los soldados, en su ardor del botín, se disputaron los despojos de la Persa.

Alejandro, habiendo atravesado el Oxus, en el curso de sus conquistas, llegó a la ciudad de los branchidas, descendientes de una familia de Mileto, culpable de haber entregado a Jerjes los tesoros del templo de Apolo. El rey persa, para reconocer semejante servicio, la hizo venir a la alta Asia, regalándole una ciudad y un vasto territorio. Aquellos griegos recibieron a los lacedemonios con entusiasmo. Alejandro reunió entonces a los milicianos de su ejército y les dejó escoger entre la venganza o el perdón. Como tardaban en decidirse, el «gran rey» dió orden de atravesar con la espada a todos aquellos infelices griegos. Así toda una población fué masacrada a sangre fría, por una traición ocurrida hacia cerca de doscientos años. (F. Arrien: *Anabasa*).

* * *

En 280 A.C. las bandas de Galos irrumpieron en Asia Menor, en donde hicieron reinar el terror durante más de un siglo. Llegaron hasta Tracia. Un epigrama, de la antología de un poeta de Mileto, coloca estas quejas en la boca de tres chicas que se suicidaron para escapar a los guerreros: «¡Oh Mileto! ¡Oh patria querida, no matamos para sustraernos a los ultrajes de los bárbaros galos!».

La reputación de los galos era tal, que ninguna ciudad de Etruria consentía en admitir entre sus habitantes a una tropa de aquellos «hombres de aspecto tan feroz» (Tito Livio, L. X.) que llegaban pidiendo tierras... El consejo de Etruria se libró de ellos mediante oro, lo que provocó una encarnizada batalla entre los galos y una banda aliada de cisalpinos. «Tales actos de furor, cuenta Polibo, no eran raros entre aquellas gentes, luego de saquear alguna ciudad opulenta, sobre todo cuando estaban excitados por el alcohol». (Polybe, L. II. p. 107).

Las montañas que limitan la Macedonia al norte, servían de refugio a tribus de origen tracio e iliriano que, se oponían a los galos. Le Brenno, que dirigía a estos últimos, hizo todo cuanto pudo para matarlas. Se dice que envenenaba a tribus enteras con víveres que dejaba en escondites simulados. Todas las tribus fueron exterminadas por las armas, el veneno y el fuego. Menos la élite de su juventud que fué esclavizada. (Appian, *De Bellis Illur*, p. 758).

* * *

En 279 A.C., el jefe galo Combutis, acompañado de un tal Orestorios, cuyo nombre parece indicar un tráfuga o un aventurero de origen griego, invade Etolia — provincia que hace parte hoy del territorio heleno de Missolonghi — con 40.000 soldados y 800 jinetes. «Saquearon, escribe un historiador griego, la ciudad de Calion, autorizando barbaries tan horribles que no existe, que yo sepa, ejemplo semejante en el mundo. Véase obligada la humanidad a no pensar en ello, debido a lo que aun se cuenta de los cíclopes y los lestrigones. Masacraron a cuantas personas encontraron del sexo masculino, sin dejar ni a los ancianos ni a los niños que arrancaban del pecho de sus madres para degollarlos. Las mujeres y las chicas vírgenes que tenían algún pudor se suicidaban; las otras sufrieron todos los ultrajes y todas las indignidades que pueden hacer esos bárbaros tan desprovistos de sentimientos de amor y de piedad. Algunas que pudieron apoderarse de una espada se la clavaron en el pecho; otras se dejaron morir de hambre. Pero aquellos bárbaros despiadados, aun cuando las mujeres rendían su alma al cielo, gozaban de sus cuerpos». (Pausanias, *Livre X*, p. 650).

En 201 A.C., los cartagineses asaltan de improviso, la ciudad romana de Placencia. Ocasión aún para librarse a escenas de horror. Pillaron la ciudad con la ayuda de sus auxiliares galos: boianos, insubros, cenomnos, ligurios, etc.; la incendiaron y, de una población de 6.000 almas, apenas si dejaron 2.000 entre cenizas y ruinas. (Tito Livio, *Libro XXI*).

En 192, fueron las águilas romanas las que se «cubrieron de gloria», invadiendo a los boianos. Las masacres y las devastaciones fueron tales en aquella infeliz nación que Escipión Nasica, el que

dirigió la expedición, se enorgulleció en el Senado de no haber dejado vivos de toda la raza boiana, más que a los ancianos y a los niños. (Tito Livio, *Libro XXXVI*). Extrañas palabras en boca de un hombre a quien los romanos habían entregado el «premio de la virtud»...

Dueños de toda la Italia circumpadana, los romanos comenzaron a provocar a las poblaciones galas de los Alpes. Algunos de los generales romanos del ejército de ocupación de Transpadania, se divertían, en plena paz, saqueando los pueblos de pobres montañeses, a los que se llevaban con sus rebaños, para venderlos en los mercados de ganado, en Cremona, Mantua, Placencia, etc. El cónsul C. Cassius, capturó de este modo a varios millares. (Tito Livio, *Libro XVI*).

Roma envolvió también a la Macedonia vencida con un despotismo bárbaro y cruel. En 179, el Senado romano hizo destruir 70 poblados del Epiro en un solo día; los emisarios del Senado favorecieron la masacre de los dignatarios etolianos. Más de mil aqueanos, transportados a Italia, murieron de hambre y abandono... Polibo, protegido por Escipión Emiliano, solicitó algunos años más tarde el retorno de los exilados; sólo quedaban unos trescientos. El Senado discutía la cuestión y deliberaba. «Y qué importa, gritó Catón, si algunos griegos decrépitos son enterrados por nuestros sepultadores o por los de su país». Obtuvo así su liberación. (M. Dumont. *Hist. Romaine*).

* * *

En 147 A.C., Escipión Emiliano tomó Cartago, que fué completamente destruida. La exterminación de la población fué sistemáticamente arreglada. La masacre, que duró seis días, fué horrible. Para limpiar las calles y facilitar el paso de las tropas, se clavaban ganchos en los cuerpos de los habitantes que se habían matado o precipitado desde el tejado de las casas, y arrastrándolos los vaciaban en zanjas, muchos de ellos aun palpitan-tes y vivos. (Appien. *Hist. Romaine*).

Mitriadato, el gran rey de Ponto, que reinó a partir del 123 A.C., no era menos bárbaro que los romanos en la crueldad. Saqueó las «colonias romanas», cometiendo excesos inauditos. Degolló a todos los romanos establecidos en Asia; ni las mujeres ni los niños se salvaron. Según Appien, fueron 80.000 las víctimas.

El emperador romano Tito, apodado por sus aduladores «las delicias del género humano», fué, según se nos narra, un emperador filósofo que exclamaba *Diem peridi* (He perdido otro día), cuando había pasado un día sin hacer algún bien. Fué, sin embargo, aquel mismo Tito quien, en el reinado de su padre, destruyó Jerusalem y masacró su población. Flavio José cuenta que hacía crucificar, durante el sitio, a los infelices que el hombre hacía salir de la ciudad (79 A.C.). La resistencia fué larga; cuando la población se entregó no se tuvo piedad para nadie: Niños y viejos, profanos y sacerdotes eran degollados sin distinción. Los suplicantes, sucumbían también. El chisporreo de las llamas se mezclaba con los gemidos de los moribundos. En ningún lugar casi no se veía el suelo abarrotado de cadáveres. (Flavius. *Belli Jud. VI*).

Después de la victoria, Tito declaró: «No es bajo la conducta de Dios que hemos logrado la victoria» (Filostrato). ¡Cuántos conquistadores repetirían en lo sucesivo esta frase, que asociaba a la divinidad con sus criminales matanzas y sus barbaries!...

En 78 A.C., el ilustre Pompeyo, gran defensor de la «legalidad romana», fué encargado de pacificar algunas regiones de Galia que se habían rebelado. Vastas confiscaciones se hicieron por la soldadesca. Tal fué el origen de las colonias militares de Tolosa, Ruscinon, Biterae, etc. La población saqueada por los decretos fué expropiada por la espada. Y para hacer más trágico el cuadro, el año había sido estéril y reinaba la necesidad en Galia. Dos millares de infelices sucumbieron hambrientos en los bosques. Toda la juventud fué transportada a España, Italia, Tracia o Asia, o por todas partes en que Roma hacía la guerra, derramando la sangre en provecho de los tiranos de su país. Mientras tanto, las contribuciones en dinero y las requisas de víveres continuaron siendo aplastantes. Y al despoblar el hambre las ciudades galas, la abundancia reinaba en las colonias romanas. (Salluste: *Livre III y Epis. Pomp.*).

En 59 A.C., el célebre Julio César reforzó la línea de los «grandes capitanes». Este conquistador «civilizador», que debía ser colocado más tarde entre los «hombres providenciales», no tuvo piedad para sus vencidos. Habiendo tomado, luego de una gran masacre, la ciudad belga de Aduat, vendió en cuerpos y bienes a todos los habitantes. (César: *Belli Gall.*, L. 2, C. 33). Masacró a la élite de las naciones armoricanas. Los supervivientes no pudiendo huir ni resistir a un doble asedio, decidieron rendirse. Pero no encontraron en aquel romano, al cual tanto habían oído elogiar, más que un vencedor bárbaro y sin piedad. Hizo expirar en un suplicio a todos los miembros del Senado (Paul Orose. L. 6, C. 8); y el resto de la población fué, bajo los latigazos de los traficantes de esclavos, vendido en los mercados provinciales o italianos (Dion Crassus, L. 39, p. 111). Habiendo aplastado a los germanos, a causa de una emboscada y la violación de un tratado, persiguió con la caballería a las mujeres y los niños que huían hacia el Rhin (César, L. IV, Cap. 14), tratando, dice un historiador, a los rebaños de mujeres y niños fugitivos, con más rigor que a los soldados vencidos en una guerra sin tregua.

Protegidos por la naturaleza del terreno, entre el Mosa y el Dila, los eburones resistieron mucho tiempo al César. Para terminar con ellos, éste último imaginó un medio atroz. Puso a los eburones fuera de la ley, declarando que quien ayudara a exterminarlos sería contado entre los amigos del pueblo romano. (César, L. VI, C. 34). De todos los rincones de Bélgica, se vió entonces aparecer a multitud de malhechores, ávidos de participar en el saqueo de aquel pueblo. Sin embargo, un cordón de 50.000 romanos pasó luego allí para asegurar la impunidad de los asesinos; y entre estos romanos, un hermano de Cicerón, Bruto, Trebonius y toda lo que la juventud patricia y plebeya contaba de más esclarecido y de más entusiasta.

En 52 A.C., la toma de Avaricum da aun lugar a una horrible matanza y es el mismo César quien cuenta que la matanza duró mientras un alma viviente quedó entre sus muros; ni ancianos ni mujeres ni niños fueron perdonados. (Belli. Gall, L. VII, C. 28).

Después de la caída de Alesia, César destruyó varias regiones de Galia, principalmente el territorio biturigo, cuya población, que se ocupaba en las labores campestres, fué brutalmente asaltada. Varios millares de hombres, mujeres y niños fueron amarrados y arrastrados detrás de los carruajes.

La dominación romana inspiró tal odio, que se abandonaba en masa ciudades y campos, para poder refugiarse en los bosques. (Hirtus, *Belli, Gall.* L. VIII, C. 3 y 24).

Suprema ironía, el emperador Augusto, «protector de las letras y de las artes» consagró más tarde un templo en Mañalia, a «la clemencia y la justicia de Julio César». Fué también bajo el reinado de Augusto cuando 40.000 salarsos que vivían en el valle de Aosta, fueron asaltados sorpresivamente, hechos prisioneros, y vendidos a los mercaderes. (Strabon, L. IV, p. 205).

Hacia el 10 de la era moderna, las legiones de Germanicus penetraron en Germania saqueándolo todo a sangre y fuego, en un espacio de cincuenta millas. No se perdonó, dice Tácito, ni al sexo ni a la edad ni a lo sagrado ni a lo profano. Estos mismos excesos se repitieron en Gran Bretaña, medio siglo más tarde, en donde, al decir del mismo historiador, el vencedor Suetonius sacrificó a las mujeres, matando hasta los mismos caballos, de los que hizo montones de cadáveres. (Tacite. *Anales*, L. I y L. XIV, C. 37).

En 69, la legión romana de Favio Valeno, atravesaba en amigo el territorio de los treviro, sus fieles aliados. Pero en Divodurum, repentinamente empuñó las armas, en un inexplicable y frenético acceso de locura, según Tácito, que debe sin duda atribuirse al uso immoderado del alcohol, que siempre jugó un gran rol en el desencadenamiento de las actividades guerreras.

En 112, Trajano combatió a los judíos en Cirinaica. Mató a más de 200.000 de ambos sexos. Se le erigió una columna honorífica en Roma, y Tácito, quien, sin embargo criticó la conducta de los conquistadores que enmascararon sus hazañas con el pretexto de la civilización, haciendo decir a su Galgacus la famosa frase: «*Ubi solitudinem faciunt, pacem appellant*» (en donde ha hecho un desierto, dicen que ha construido la paz). Tácito ha dicho del imperio de Nerva y de Trajano: «Feliz tiempo en donde se puede pensar libremente y expresarse como se piensa» (Tacite, *Hist.* L. 1); elogio copiado por Montesquieu que aun se creyó en el deber de amplificarlo un poco, escribiendo que Trajano era el hombre más apropiado para honrar a la naturaleza divina y representar a la humana...

En 197, el emperador Severo, irritado contra los lioneses, que habían sostenido la causa del rebelde Albinus, saqueó la ciudad en terrible pillaje, atravesando con la espada a numerosos habitantes (Herodien, L. III). Imponía, al mismo tiempo, ejecuciones, confiscaciones y contribuciones militares en Galia, Bretaña y España. Y decía a sus hijos: «Enriqueced las tropas y no os inquietéis de nada» (Dion Cassius, L. XXXVII, p. 15).

Antonino, hijo de Severo, mejor conocido con el nombre de Caracala, hizo en Galia, al decir de Espartiano, muchas cosas contra los derechos de hombres y ciudades. Ordenó también a sus soldados masacrar al pueblo de Alejandria, para castigarlo por algunas burlas que le eran desagradables. La matanza fué tan horrible que toda la llanura se cubrió de sangre. El mar, el Nilo y las riberas vecinas, fueron teñidas durante varios días (M. Perrennes, *Dic. Histor.* T. III, p. 158). Por una extraña

contradicción, fué en su reinado que se promulgaron las leyes con que Ulpiano elogió la liberalidad.

Maximino, que fué emperador en 235, continuó las tradiciones guerreras de sus predecesores. «Nunca, dice Capitolino, que escribió su vida y la de sus hijos, bestia tan cruel marchó sobre la tierra. En una expedición contra los germanos, cortó los trigos, quemó en número infinito los poblados, arruinó 150 leguas de territorio y lo abandonó al pillaje de la soldadesca».

En 277, Probo después de haber rechazado a las tribus ligias, a los vándalos, burgondos y francos, transportó la guerra más allá del Rin, masacró a las poblaciones, tratando, según Vopiscus, a los pueblos germanos como éstos habían tratado las ciudades romanas. Para trabajar las tierras romanas estériles, trajo de esta guerra, inmensa cantidad de prisioneros. Los francos fueron transportados hasta las mismas orillas del mar Negro, en la provincia del Ponto. Luego de tales «arreglos» Probo escribía al Senador: «Los bárbaros labran, siembran y ya combaten para nosotros; sus bueyes fecundan vuestras tierras, sus ovejas cubren vuestras praderas y vuestros graneros están repletos de su trigo. ¿Qué más os diría? Sólo tienen el suelo, lo demás es nuestro». (Vopiscus, Probus, p. 240).

Este emperador Probo, que se libraba tan magistralmente a las violencias de la guerra, estaba lejos de ser un fanático de la fuerza militar. Declaró que los soldados no debían vivir del ejército, e hizo replantar por sus legiones, en los altozanos de Galia, España y Panonia, los viñedos que habían sido arrancados hacía dos siglos. Estos trabajos tan antagónicos a las costumbres de las legiones, provocaron cierto descontento que fué en aumento cuando Probo tuvo la imprudencia de decir: «Si la república se vuelve tan feliz como deseo, pronto no tendremos necesidad de soldados». (Vopiscus, Probus, p. 241). Probo fué asesinado por sus tropas.

En 379, Teodosio, llamado el Grande, salvó al mundo, nos dice la historia, por el aplastamiento de los bárbaros y el triunfo de la cristiandad. Su recuerdo ha quedado en el panegírico de San Paulino y en una elocuente oración fúnebre de San Ambrosio. En verdad, Teodosio, se mostró de un vigor extraordinario, en la represión de la sedición de Tesalónica, en 390. Acuchilló a 7.000 habitantes. (Flescher, *Hist. de Teodose*). Y es en esta época cuando el escritor latino Vegeco escribió su «tratado de arte militar», que contiene esta frase imbecil: «*Que desiderat pacem, praeparet bellum*», la cual fué reivindicada como genial por todos los «gloriosos estrategas» que se han sucedido hasta nuestros días.

Por haber preparado mucho la guerra, Grecia fué también atrozmente invadida en varias de ellas. En 400, Alarico y los godos, saquearon la ciudad y el templo de Eleusis. Los habitantes huyeron apresurados con lo que pudieron, mientras que se ejecutaban a sus dioses: la caballería de los godos persiguiéndoles por todas direcciones los masacró a mansalva y agarró el botín que se les escapaba. Las poblaciones de los alrededores, evacuaron hacia Corintia, para refugiarse detrás de la barrera que cortaba el istmo de un mar a otro, y que los pelonesos reparaban día y noche; la carretera estaba repleta de fugitivos que la caballería dispersaba, matándolos sin misericordia. (Zosime, *L. I*, p. 29).

En 451, los hunos hicieron su aparición en las orillas del Rin. El terror que inspiraban ha dado lugar a extravagantes leyendas que es prudente arrinconar a un lado. Señalemos la toma de Metz, el mismo año, por las bandas hunas que saquearon la ciudad, la incendiaron y sacrificaron a sus habitantes. El año siguiente le tocó a la ciudad de Aquilea, en el Adriático, que fué asediada por los hunos. Sus daños fueron tan crueles, escribía Jornandes un siglo más tarde, que apenas hoy quedan vestigios de aquella desgraciada ciudad, como para indicar el lugar que ocupaba. La violación se mezcló en aquella terrible jornada con la exterminación y el pillaje. La Venecia y la Liguria sufrieron idéntica suerte...

En 445, Genserico, rey de los vándalos, toma de sorpresa a Roma y la abandona al pillaje de sus soldados. Hombres, mujeres y niños, todo fué degollado. Las tropas saquearon la ciudad durante catorce días con un furor implacable.

En el invierno de 498-99, el ejército de los bárbaros, al cual un historiador bizantino da el nombre de huno-vendo-bulgaro, invadió la Mesia y comenzó las masacres y el saqueo. (Theophanus, *Chronogr.*, p. 295). El «eslavo» enemigo invisible y siempre presente, esperaba la noche para hacer sus sorpresas; invadía entonces una ciudad, un pueblo, y allí por donde había pasado, no quedaba alma viviente. Por bastante tiempo, no supo hacer prisioneros. Debíó aprender por la experiencia que podía sacar provecho de aquellos seres humanos que podían ser vendidos, y fué entonces cuando, en lugar de matarlos a todos, llevaban a algunos cautivos, los que a menudo morían de fatiga y hambre por las carreteras. Los habitantes que los esclavos no podían llevarse, eran encerrados en los establos con los bueyes y los caballos, establos repletos de paja a los que se prendía fuego, mientras los esclavos se marchaban oyendo el ruido de los clamores humanos y los mugidos y relinchos de los animales. (Procope, *Belli Goth. III*, p. 38).

En 517, Grecia invadida por los bárbaros, fué saqueada hasta Termópilas y de Iliaria hasta el Adriático... los bárbaros arrastraban tras ellos a una multitud de prisioneros de ambos sexos, de los cuales pedían el rescate. Mil libras de oro entregadas por el prefecto de Iliria no habiendo bastado, muchos fueron llevados más allá del Danubio; otros fueron degollados por venganza o intimidación en los muros de las ciudades que no querían abrir sus puertas. (Marcellin. *Comit. Chron. Ad Ann.*, 517).

En 538, nueva invasión de Iliaria por los antos y búlgaros, que también invaden la Cersonesa de Tracia, la costa del Asia Menor y la Acaia. Como una inundación se retira de las ruinas causadas, los soldados se volvieron a su país, saciados de matar, cargados de despojos y amos de 20.000 prisioneros romanos, que para ellos representaban un botín vivo. (Procope, *Belli Pers.*, *L. II*, p. 4).

En 548, estalló una guerra entre lombardos y gepidos. La espada de los godos tetráxicos y la flecha de los hunos utigoros rivalizaron, a quien mejor, para, dice un historiador, gran provecho de los romanos. Una gran masacre siguió a la derrota de los gepidos, sus campos destrozados, sus mujeres y sus niños reducidos al cautiverio.

Por aquel tiempo fueron tan numerosas las quejas contra los abominables excesos de los auxiliares del Imperio de Oriente de Italia, que Narces prefirió licenciarlos a pesar de su «valor», mejor deshonrarlos por sus hazañas. (Procope. *Belli Goth. L. 4, 18 y 33*).

En 580, la dominación de los ávaros se estableció en el Danubio. Reinó el terror despiadado sobre aquellas infelices regiones. Cuando los ávaros se retiraban a sus cuarteles de invierno en un pueblo eslavo, expulsaban a los hombres, se establecían en las casas, agarraban las provisiones y el ganado, y abusaban de las mujeres y de las niñas. Nestor, el más antiguo historiador ruso, narra que enganchaban mujeres esclavas en sus carros, como si fueran caballos.

Al final de 585, cuando se miraban los valles del Danubio, se podía creer que todos los cataclismos de la naturaleza habían pasado por allí, tanto se había paseado la guerra del Hemus al Danubio y del Danubio al Hemus (los Balkanes de los modernos) cuyos frescos y rientes valles han sido tan a menudo regados con sangre, dice Teofilacto Simocata, que fué el historiador de estas guerras de exterminación.

En 585, las crónicas cuentan lacónicamente el incendio de la ciudad de Comminges en el condado de Foix, que fué arrasada hasta el suelo por la soldadesca de Olón conde de Burges y de Gontran-Boson. Todos los habitantes fueron asesinados. (Greg. de Tours. *T. IV y VII, 38*).

En 602, el emperador griego Focas, hizo recorrer a su soldados todos los lugares de Egipto y Siria, habitados por judíos, a fin de hacer bautizar a éstos por la fuerza. Los judíos respondieron a estas violencias por complots, se entendieron para saquear

la ciudad de Tyr durante pascuas, con el fin de degollar a los cristianos. Descubierta el complot, cayó sobre ellos la más terrible de las represalias. (Hottinger. *Hist. d'Orient. T. I, p. 3*). Siguió a esto un feroz resentimiento que se exteriorizó brutalmente algunos años más tarde. El año 615, fué el último de los cristianos en todo el territorio de Palestina, diezmados o expulsados por judíos y persas. En mayo de dicho año, un ejército formidable, mandado por Rumizan, llamado Schaharbaz, es decir, el jabalí real, invadió Galilea y recorrió las dos orillas del Jordán, desde su fuente hasta su desembocadura, dejando por doquier ruinas. El jabalí real, trató a las poblaciones como los generales Salmanasar y Nabucodonosor trataron antiguamente al pueblo de Israel. Luego del saqueo y el incendio de las casas, los habitantes, encadenados unos a otros, eran llevados cautivos, para colonizar bajo el látigo de los persas, los pantanos del Eufrates y del Tigris. Mercaderes judíos, con bolsas de oro, marchaban en grupos detrás del ejército, comprando cuantos cautivos cristianos podían, no para salvarlos, sino para tener la horrible alegría de degollarlos ellos mismos. El dinero que daban a los soldados persas para comprar cristianos, provenía de las cotizaciones que todos los judíos se habían impuesto, cada uno en proporción de su fortuna, con la intención de cumplir esta abominable obra que creían agradable a Dios. La historia afirma que perecieron 90.000 cristianos acuchillados por aquellos fanáticos. (Theophane, *Chronogr., p. 52*).

S. VERGINE

(Continuará.)

(Trad. Vladimir Muñoz.)

GUIA DEL LECTOR

«IL DIAVOLO»



DEBIDO al escándalo que, entre los pastores de la grey católica, motivó *Il Diavolo*, último libro de Giovanni Papini, me apresuré a hacerme con un ejemplar. No me fué cosa fácil. No había llegado aún a éstas de América esa **pedra de escándalo** que el escritor florentino acababa de arrojar en la charca. Entre tanto me conformé con releer algunos de sus libros.

Volver a leer un libro significa para mí hacer nuevos hallazgos. No es resucitar impresiones que quedaron soterradas en el curso del tiempo, no; es hallar a un libro un sabor nuevo, descubrir aquella faceta, aquel matiz y aquel acento que pasaron desapercibidos en los años mozos y que ahora me sorprenden como una novedad. Hay libros inexhaustos como las fuentes: se renuevan en el placer que nos proporcionan en cada lectura. Libros llenos siempre de sor-

presas. Como *Los Miserables*, como *El Quijote*, por citar algunos. ¿Cuántas veces los habré leído? no lo sé. Y, sin embargo, cuantas veces me asomo a sus mundos maravillosos por la ventana de una de sus páginas he de seguir allí contemplando esos paisajes y esas almas, prendido por algo que me parece nuevo. El libro se apodera de mí y no lo dejo, aunque en la mesa o en las estanterías haya alguno y aún algunos, recién salidos de la prensa, que reclaman su lectura. Esos libros tan usados, tan familiares, tienen siempre prioridad, la prioridad que uno concede a los viejos amigos.

He vuelto, pues, a leer a Papini: *Dante Vivo, Ritratti italiani, Gog, Storia di Cristo, Un uomo finito, Eresie letterarie, Sant Agostino, etc...* ¡Y qué paradójico se me antoja este hombre! Fecundidad asombrosa, imaginación feliz, vasta erudición y sinceridad consigo mismo en el momento en que escribe. Alguien ha dicho que es un farsante. No es cierto. Papini cambia.

Es verdad. Pero, ¿hay algo que pueda substraerse a esa ley inexorable de la vida? La vida es mudanza permanente. Si no fuera este cambiar cotidiano nos quedaríamos envejecidos y anticuados. Nos remozamos, como el Ave Fénix, en las cenizas de todo lo que cada día muere en nosotros. Las ideas de hoy deberán mucho a las de ayer, pero deben más a las de mañana: éstas son las que se imponen, las que triunfan. El pasado no cuenta. No en vano el progreso, que es marcha hacia adelante, se nutre ya de ideas de futuro. Papini fué ayer ateo y ahora es creyente, un creyente muy especial, heterodoxo. He vuelto a leer su **Storia di Cristo** y, a pesar de la opinión de Luis Nueda, tengo para mí que Papini ha contribuido a la conversión de más incrédulos al catolicismo que la prédica en general del alto y bajo clero. Papini como católico es un ecléctico que trata de conciliar, dentro del catolicismo, las doctrinas mejores, las más sinceramente cristianas. Posiblemente a este afán, sinceramente cristiano, se deba la actitud que la Iglesia ha adoptado al salir a la luz el último libro de Papini. De lo contrario habría que pensar en una causa recóndita en cierto modo inconfesable. La Iglesia, que recibió con alharacas de júbilo la **Storia di Cristo**, no puede ahora darnos el espectáculo de poner en el **Indice** a Papini, autor de **Il Diavolo**. Por eso la Iglesia calla: los escandalizados han sido los batracios de la charca.

Pero como todo llega en esta vida, a mis manos ha llegado **Il Diavolo**, en una edición bien cuidada de 400 páginas, salida de los talleres tipográficos de Vallecchi Editore (Florenia). Lo he leído y comprendo el revuelo producido en los medios clericales por esta obra a causa de la trascendencia que pueda tener en las masas creyentes, en la grey ingenua a merced de sus pastores. El libro constituye una defensa del derecho al perdón de Satanás, con lo cual Papini coloca a la Iglesia ante este dilema: si la Iglesia condena el libro, la Iglesia negaría que la misericordia de Dios es infinita; si la Iglesia lo aprueba, la Iglesia negaría asimismo que el infierno es eterno. Condene o apruebe, la Iglesia se encontrará siempre en un callejón sin salida. ¿Cómo salir de este impase sin menoscabo de la dogmática? La posición de la Iglesia es un poco embarazosa. Según ella, la misericordia de Dios es infinita. Y apoyándose en esta opinión cristiana Papini concluye que Satán puede esperar perfectamente el perdón de Dios. La dogmática no puede aceptar esta conclusión de Papini sin negar la eternidad de la pena en el infierno, puesto que, perdonado Satán, perdonados han de ser sus servidores y, si son perdonados príncipes y vasallos del mal, huelga el infierno o, como dicen por acá, el infierno viene sobrando. Ante la espera que Papini reciba nuevas «inspiraciones» y rectifique en una segunda edición. No creo que lo haga. Papini es un cristiano sincero y defiende una esperanza cristiana, la esperanza del perdón que, según las enseñanzas de la Iglesia, nace con la pasión de Jesús en el Gólgota y se nutre de las esperanzas de grandes figuras de la Patristica y Hagiografía cristianas. Desde el punto de vista cristiano para mí el libro está dentro de la norma evangélica, quiero decir, no contradice el espíritu del apostolado de Jesús. Desde el punto de vista católico el libro es reprobable naturalmente. No olvidemos que hoy Je-

sús tropezaría, como tropezó en su tiempo, con la dogmática, con los esclavos de la Escolástica, con los guardianes de la Ley católica escrita. Y el catolicismo, ese catolicismo de hoy que incita a la 1.^a fratricida y aún a la muerte del prójimo, está muy lejos del corazón de Jesús. Tan lejos del hombre como del Cristo. Y los católicos, que han hecho de la caridad cristiana un ejercicio monstruoso, ¿cómo van a concebir el perdón de Satanás, si no conciben el perdón del hombre? Ellos quieren la perdurabilidad de la pena en los infiernos con el mismo espíritu de intransigencia, con la misma crueldad implacable, con que exigen para el no creyente la cárcel o el piquete de ejecución aquí en la tierra.

Tres son los puntos esenciales de este último libro de Papini: las verdaderas causas de la rebelión de Satanás, las cuales son diversas a juzgar por los textos de los Padres de la Iglesia; las verdaderas relaciones entre Dios y el Diablo, bastante más cordiales de lo que nos han hecho creer, y, finalmente, las posibilidades de que, por mediación de los hombres, Satanás retorne a su primer estado angélico, librándonos nosotros del mal. Papini apoya su argumentación en textos del Antiguo y Nuevo Testamento, en la doctrina de numerosos Padres de la Iglesia —teólogos y escritores cristianos— y en la esperanza de los poetas que, al decir del escritor florentino, han ocupado el lugar de que habían desertado los teólogos, es decir, nos han dado a conocer al verdadero Satanás que los teólogos han desfigurado, cuando no han tratado de ignorarlo. De ahí la pregunta de Papini: Si existe una Teología, ciencia de Dios, como principio del Bien ¿por qué no existe una Diabología, ciencia del Diablo, como principio del Mal? Tal vez, porque al Diablo le ha faltado un Santo Tomás de Aquino. Los poetas se han encargado de suplir a los teólogos en la tarea de darnos a conocer al príncipe del mal. Y Papini, en un alarde de erudición, hace una reseña sucinta de todas las obras que ha consagrado al Diablo el genio de los poetas, más sensibles que la fría razón de los teólogos al dolor y a la tristeza del Diablo y también del género humano.

Pero vamos a los tres puntos fundamentales de **Il Diavolo**. En cuanto al primero —causas de la rebelión— Papini no logra conciliar las diversas opiniones, lo cual pone de manifiesto que o el Espíritu Santo no asistía a los Padres de la Iglesia o, en caso afirmativo, se contradecía con mucha frecuencia; por lo que hace al segundo —verdaderas relaciones entre Dios y el Diablo— tiene razón Papini: fueron más cordiales de las comunmente creídas. Bastará con repasar de la Biblia el **Libro de Job** y leer en el Nuevo Testamento las tentaciones de Jesús, y en cuanto al tercer punto —posibilidad de retorno de Satán a su estado angélico— Papini apoyándose en textos sagrados de Orígenes, de San Gregorio de Nisa, San Jerónimo y otros muchos, señala conjeturas y esperanzas que si bien la Iglesia ha rechazado en parte, han sido recogidas por muchísimos poetas de la época moderna —Joost von den Volden, de Vigny, Víctor Hugo, Montanelli, Tirinnanzi— y aún por escritores cristianos, catolicísimos y ortodoxos, como Benso di Cavour y Antonio Rosmini, el filósofo de Rovereto, fundador del Instituto de la Caridad y amigo y maestro del primero.

Ambas partes nos muestran una vez más cuáles son sus principios y tácticas. Dejémosles hablar sobre la necesidad de la socialización de los medios de producción. Aquí hubo armonía; pero con referencia a quién debía ser el futuro propietario de estos medios de producción se entabló una agria discusión.

Tres tendencias se manifestaron: La representada por Greulich (Suiza), mantenía la posición siguiente: El capital debe pertenecer al Estado. Este debe regularizar la producción. Si los medios de producción estuvieran en manos de grupos de productores estos ejercerían sobre ellos un monopolio. Por encima de todos los grupos debe de haber un representante de la generalidad, quien debe dirimir los conflictos de estos grupos con autoridad absoluta. El Estado es la voluntad del pueblo expresada por el voto. El gobierno tiene por misión imponer esta voluntad a los enemigos o reacios.

La segunda posición se oponía a que el obrero, de asalariado de los capitalistas pasase a ser siervo del Estado. Con esto no se conseguía la libertad. Los grupos de productores debían, también, ser propietarios de los instrumentos de producción. El antagonismo entre los mismos era imposible, pues un grupo depende del otro. De esta relación mutua resultarían contratos entre los productores, deduciéndose el equilibrio de la totalidad.

La tercera posición la representaba De Peape. Opinaba que el Estado debía encargarse en principio de los medios de producción para impedir la manifestación de intereses antagónicos de grupo. La propiedad del Estado sobre los medios de producción se establecería de una manera gradual. El Estado propietario reemplazaría a los capitalistas. Pero más tarde, el asalariado, no debía ser un mero empleado, sino que el Estado entregaría los medios de producción a las cooperativas a condición de estipular mediante contrato las relaciones entre el Estado y los productores.

Sobre la actitud del proletariado frente a los partidos políticos se manifestaron las conocidas y opuestas concepciones respectivas, socialdemócrata y antiautoritarias. Por un lado, la conquista del Poder gubernamental por los partidos socialdemócratas; por el otro, la lucha contra todos los partidos políticos (incluso el partido socialdemócrata) que reconocieran el derecho a la existencia del Estado y la necesidad de su conquista. Se presentaron dos resoluciones correspondientes a estos conceptos. La de Guillaume, constatando la imposibilidad de un convenio de solidaridad entre las distintas organizaciones, fué aceptada por 11 votos contra 9 y varias abstenciones. Decía:

«El Congreso entiende que un pacto de solidaridad proponiendo la armonía necesaria en los principios generales y en el empleo de los medios de lucha, no puede ser concluido entre fracciones que disienten en estos principios y en estos métodos de lucha.»

Por lo demás recomendaba el propósito de evitar las controversias personales y la necesidad de conducirse con respeto mutuo, a pesar de la polémica principal. Esta redacción

Italia, los mazinianos y garibaldinos creaban muchas dificultades a los internacionalistas. A principios de 1874 dió comienzo en Italia un fuerte movimiento a causa del descenso de los salarios y de la carestía de la vida. En algunas poblaciones los comercios de víveres fueron atacados y saqueados. La Internacional fué situada ante la alternativa de repudiar aquellos hechos o declararse solidaria, inclinándose por lo último. Por un lado porque había perdido la simpatía de los revolucionarios, y por otro, porque creía con justa razón que las revoluciones no se hacen con palabras, sino con hechos. El resultado fué una cruda represión por parte del gobierno que obligó a la Internacional a constituirse en organización secreta.

Al terminar el proceso de Bolonia (julio de 1876) la Internacional pudo reanudar en Italia su actividad pública. Otros procesos incoados contra la Internacional, que terminaron con la plena absolución de los encartados, en lugar de destruir produjeron un enorme beneficio a la Internacional. Por su actitud ante los tribunales los internacionalistas concentraron sobre sí las miradas de las grandes masas del pueblo italiano. Hasta tal punto que comenzaron a creer en un renacer del movimiento.

Sobre España se informó lo siguiente: «Existen 112 Federaciones locales. Han tenido lugar grandes huelgas las cuales causaban mucho desgaste. Los albañiles de Barcelona han conquistado la jornada de 7 horas». Sobre las huelgas, continuaba el informe: «Si las sumas invertidas para ayudar a los huelguistas se dedicaran a la organización revolucionaria habríamos avanzado mucho.» Con las cooperativas la experiencia había sido pésima. Gastaron mucho dinero en la formación de nuevos burgueses. El Congreso español decidió su disolución. Hay que tener en cuenta que durante todo este tiempo, la Internacional, en España, se desenvolvía en la clandestinidad.

En Bélgica, la situación había cambiado. Los antiguos miembros de la Internacional habían desaparecido en su mayor parte, especialmente en la región de Valonia, mientras que en la región flamenca se daba el caso contrario. Pero el cambio no era solamente numérico sino también táctico. Algunas organizaciones obreras socialistas solicitaban la protección del Estado en cuanto al trabajo de los niños. El movimiento se desarrollaba en sentido político. Las ideas de Proudhon habían dominado a muchos socialistas belgas. Estos eran anarquistas, contrarios a que el Estado se mezclara en los asuntos obreros y propagaban la abstención electoral. La nueva militancia, especialmente los flamencos, habían cambiado esta orientación y seguían las huellas de los socialistas alemanes.

Lo mismo ocurrió con el movimiento holandés aun más político que el belga.

Guillaume informó sobre la tendencia de la Federación del Jura. El voto general, la anulación del ejército permanente, etc., son cosas que interesaban a los belgas, pero que para los suizos suponían arreglos parciales. La cuestión de la

legislación popular, separación de la Iglesia y el Estado y leyes protectoras en las fábricas no daban oportunidad a los obreros para propagar el socialismo. Además estaban representadas por el partido radical. La táctica consistía en decir a los jurasianos: «No permitáis más el abuso burgués. Organizáos en Sindicatos y sabréis que el radicalismo burgués es también vuestro enemigo. Aun con candidatos obreros auténticos no se deben de hacer ensayos, pues para hacerlos habría que pactar con los burgueses. Por lo demás, las discusiones de los Consejos Cantonales tienen tan poco interés que no son el medio adecuado para la propaganda.»

Sobre Francia se informó: Que había tenido lugar últimamente un Congreso obrero en París. Los asistentes se habían situado totalmente en el terreno legal. Las Secciones de la Internacional no tenían ni siquiera relación con ellos ni con tales principios. Eran organizaciones secretas, fuera de la ley, pero en estas condiciones hacían propaganda socialista y revolucionaria.

Vahlteich, el representante alemán invitado, tomó la palabra para decir que no se trataba solamente de destruir el Estado actual, sino que había que educar a los hombres para que sirvieran de base al nuevo Estado socialista. Por lo demás, a pesar de las dispares opiniones, podían coexistir en forma pacífica, las diferentes alas socialistas.

Al discutirse sobre las relaciones entre individuos y grupos en la nueva sociedad se produjo un acalorado debate. Autoritarios y antiautoritarios se enfrentaron nuevamente. Greulich y Franz expresaron su opinión diciendo que también en la sociedad futura existirían gobiernos y leyes, sólo que los primeros serían elegidos por el pueblo, y éste, con su legislación directa, estaría ojo avizor.

Las manifestaciones de los antiautoritarios (Caffero, Malatesta, Viñas, Brousse, Guillaume) culminaban en lo siguiente: Eliminar al Estado significa eliminación del gobierno de clase. El Estado será reemplazado por las asociaciones de los sindicatos libres, industriales y agrícolas. Es enteramente falsa la especie de que los anarquistas quieren destruir todos los lazos sociales.

No hay que confundir el Estado con la Sociedad. Los llamados servicios públicos (correos, telégrafos, ferrocarriles, etc.) precisan de una organización coherente, con lo que están de acuerdo los anarquistas. La producción tiene que ser colectiva. Pero esta producción común no debe estar regida desde arriba sino que debe surgir orgánicamente de la sociedad, dueña de los medios de producción. No podemos profetizar los detalles de cómo será instaurada la nueva sociedad y, por otra parte, no es ninguna cosa de capital importancia. Como primordial objetivo se trata de eliminar todos los obstáculos opuestos al desarrollo de las fuerzas sociales. El funcionamiento libre del organismo social orienta los destinos de los hombres.

El belga De Peape se situó en una posición intermedia. Según él, el Estado futuro se compondría, por un lado, de las representaciones de los grupos profesionales; por otro, de la

ticos, se llamen o no socialistas; son una masa reaccionaria y todos tienen que ser combatidos.

»3) Se recomiendan los Sindicatos. Su finalidad principal debe ser la eliminación del sistema burgués y la expropiación de los instrumentos de producción de manos de sus actuales poseedores.

»4) La Internacional no puede establecer ningún pacto de solidaridad con organizaciones cuyos principios y medios de lucha se diferencien de los suyos en los aspectos principales.»

Esta resolución no debía ser obligatoria para los delegados de la Internacional en el Congreso de Gante, sino que debía servirles solamente de guión en la discusión.

EL CONGRESO GENERAL SOCIALISTA DE GANTE (9-14 de septiembre de 1877)

Inmediatamente después del Congreso antiautoritario de Verviers comenzó el Congreso general socialista de Gante. Lo habían convocado varias organizaciones belgas con la intención de crear una nueva Internacional de base socialdemócrata.

Estuvieron representados en el Congreso: los delegados flamencos y de Bruselas (27 delegados); los delegados del Congreso de Verviers (11 delegados); el grupo alemán: Unión obrera Suiza (Greulich), Partido Socialdemócrata alemán (Liebknecht), Partido Socialista húngaro (Fraenkel); ingleses: Commonwealth-Club, Londres (Hales), Unión Obrera Comunista, Londres (Barry, instigado por Marx para participar en el Congreso); algunos grupos socialdemócratas de Francia y de Italia (5 delegados).

Una vez más, antes de que la Internacional antiautoritaria muriera, y antes de que la Internacional Socialdemócrata naciera, se reunieron los hermanos enemigos y trataron de hallar una fórmula de acuerdo. Pero no era posible. Se partió de diferentes puntos de vista. Pero siempre es conveniente saber cómo se oponen dos mundos, escuchar lo que uno y otro quiso y en que fundaba su posición.

Como había ocurrido anteriormente, vemos también aquí combatir los principios de Marx y Bakunin, la voluntad revolucionaria y el cálculo prudente según supuestas necesidades históricas. Las palabras «parlamentarismo» o «acción directa» no reflejan la esencia propia de la discordancia; son sólo emanaciones de principios en puntos importantes, momentáneamente, aunque en problemas muy ordinarios son dos filosofías las que se enfrentan. Dos grados de intensidad de la autoconsciencia, que más que unirse tienden a dispersarse, tratan, por el contrario, de reconciliarse. En aquel tiempo una armonía era menos que posible. El desarrollo de la clase obrera había tomado tal curso en los diferentes países que mostraba muy a las claras que el principio de la libertad absoluta y de la subordinación libre de los individuos a la totalidad no representaría un factor victorioso.

El Congreso de Gante nos ofrece una despedida común.

12 de agosto que estaban de acuerdo en aceptar a los delegados de la Internacional en Viviers..

Este Congreso de Viviers fué la última expresión general de la vieja Internacional, y merece por esto una breve descripción. Aparte de los delegados de Italia, España, Bélgica, Alemania, Rusia y Suiza romana y alemana, encontramos también algunos delegados franceses. En verdad Francia no se había rehecho de los golpes que recibió cuando el drama de la Comuna, y esta participación no pudo ser masiva. Después de aquel drama, se hizo imposible todo trabajo público en pro de la Internacional. Pero poco a poco germi- naba la semilla de un movimiento obrero socialista. La pequeña Federación antiautoritaria fundaba en 1877 un periódico, editado por Brousse y Kropotkin.

En el mismo año tuvo lugar también un Congreso de la Federación Nacional antiautoritaria francesa en la ciudad suiza de Chaux-de-Fonds. Pero a fines de 1877 comenzó a resucitar la dirección marxista. Y Jules Guesde, hasta entonces partidario de los antiautoritarios, publicó en noviembre un periódico («Igualdad») cuyos corresponsales alemanes eran Bebel y Liebknecht. Más tarde, también el ex-antiautoritario Malon se unió con Guesde e igualmente a Lafargue, el yerno de Marx. Este grupo fué el que dió nacimiento al partido socialdemócrata francés. Marx mismo intervino mucho en su fundación y colaboró con Engels, Lafargue y Guesde en el programa de elección francesa (1880).

EL QUINTO CONGRESO ANTIAUTORITARIO (Verviers, 6-8 de septiembre de 1877)

Estuvieron representadas en el Congreso: la Federación Nacional española, la italiana (37 secciones), la francesa (12 secciones), la jurasiana (22 secciones), la belga (no representada en su totalidad, sino sólo por la Federación del Valle de Vésdre), secciones de Alemania y Suiza. Costa, representó a socialistas griegos y de Alejandría (Egipto).

Orden del día: 1) Derecho a voto en el Congreso por las secciones; 2) Estudio de métodos apropiados para generalizar, tan pronto como sea posible, la acción revolucionaria-socialista; 3) Si el proletariado triunfa en un país, ¿es necesario extender este triunfo sobre todos los países?; 4) Hallazgo por el Comité de la Internacional de medios de propaganda para los compañeros de Egipto; 5) Discusión sobre el orden del día del Congreso de Gante; 6) Cuestiones administrativas.

Sobre los primeros cuatro puntos se procedió con rapidez. Se entabló una polémica entre Brousse y Costa, por una parte, y Guillaume, por otra, referente al tercer punto. Los primeros, extremistas, sostuvieron una posición «insurreccional»; el último, una posición moderada. Con referencia al Congreso de Gante, se tomó la resolución siguiente, que reproducimos en extracto:

«1) Necesidad de la propiedad colectiva, no solamente como ideal lejano sino como lema de la acción cotidiana.

»2) No hay ninguna diferencia entre los partidos polí-

unión de los grupos locales o comunidades. Los primeros se encargarían principalmente de la producción, los otros de velar por todo lo relacionado con el productor o consumidor. El todo sería el órgano que substituyese al Estado actual.

Sobre esta cuestión de naturaleza completamente teórica no se tomó ninguna resolución. La cotización a la Internacional fué estipulada en tres rappen al mes y por miembro. El Comité Federal no tenía derecho sobre esa cotización por estar destinada a la propaganda. Las Federaciones Nacionales decidirían sobre el uso de estos fondos.

Un debate todavía más extenso se planteó sobre la convocatoria de un Congreso general socialista para 1877, el cual tendría lugar en Gante. Fué proposición de Bélgica. Pero a este Congreso serían invitadas todas las organizaciones socialistas, pertenecientes o no a la Internacional. Tendría por misión acercar a todos estos organismos para discutir sobre los intereses generales del proletariado. La convocatoria no partiría de la Internacional sino de cuantos estuvieran de acuerdo con esta iniciativa. Se trataba de unir a las organizaciones alejadas de la Internacional antiautoritaria o a las reacias a pertenecer a ella.

Becker había publicado en el «Tagwacht» artículos opinándose apasionadamente a esta proposición. Y tal era, también, la actitud de los diversos oradores. Guillaume presentó la siguiente proposición, con la que pretendía resumir la discusión:

«Las Federaciones Nacionales que estarán representadas en el Congreso proponen el orden del arden siguiente:

»1) Pacto de solidaridad entre las diferentes organizaciones obreras socialistas.

»2) Asociaciones profesionales.

»3) Posición frente a los partidos políticos.

»4) Producción y propiedad.»

Parte de los oradores opinaba que la Internacional existente era suficiente y no había necesidad de una nueva organización y de un nuevo Congreso. Todas las organizaciones socialistas tenían un lugar en ella y libertad de opinión. Ciertos representantes de la tendencia socialdemócrata se manifestaron también contra un nuevo organismo internacional en el que estuvieren representadas simples organizaciones de ayuda, partidos políticos y sindicatos reformistas (trade unions). Creían que la Internacional encontraría obstáculos para su iniciativa y en cuanto a su impulso hacia la emancipación proletaria. Su misión era de ser una agrupación de socialistas y propagandistas conscientes. Delegados de ambas tendencias señalaban que una organización internacional con pretensiones de longevidad no podía poner como condición de ingreso idénticas doctrinas. La Internacional — afirmaban — tiene que representar a los trabajadores y no solamente a los precursores; sus iniciativas no debían fundarse en la minoría sino en el conjunto del movimiento y debían salir de los obreros por imperfectos que fueran al principio.

Se aceptó finalmente la resolución de Guillaume. Los es-

pañoles e italianos se abstuvieron de votar. Al Congreso llegaron varias cartas de los grupos socialistas y secciones de la Internacional, de Grecia, Montevideo, París, Portugal, Dinamarca, Londres y Lausana.

DESPUES DE 1876

A partir de 1876 el movimiento federalista se contraía más y más. En España comenzó a desaparecer la esperanza en una época revolucionaria. En Italia, la marcha sobre Benavento (abril de 1877), que debía ser un paradigma de acción directa, de la que los instigadores esperaban mucho más de la masa proletaria, había terminado con un gran número de detenciones y medidas represivas. La energía de la masa no había llegado al grado esperado. No concurrían tampoco por otra parte las condiciones que hicieran eficaz una labor en el Jura y produjeran un género de sindicalismo anarquista que satisficiera a la gran masa proletaria. El manantial de recias personalidades, enamoradas de la libertad, que exige una organización de tipo federalista, iba agotándose, y con él, el movimiento obrero que buscaba en casi todos los países formas que correspondieran con exactitud a la psicología propia, es decir, a la gran masa de obreros industriales. Y un tal movimiento era precisamente el socialdemócrata, que si no tenía el ímpetu de altura y las cualidades de Prometeo de la Internacional antiautoritaria, era adecuado a la capacidad volitiva y poco desarrollada del moderno proletariado internacional. No consentía sacrificios si no recibía el equivalente en valores reales. El proletariado de entonces no era precisamente ningún Prometeo. Las condiciones de trabajo del industrialismo moderno le restaban mucha fuerza para la diaria preservación de sí mismo. Y la potencia que le faltaba quiso emplearla para conquistar en la sociedad presente ésta o aquella pequeña mejoría. Y viendo frente a sí un enemigo tan poderoso, perdió la fe de poder arrebatarse al Estado y al capital unidos su dominio mediante la acción revolucionaria. Otra cosa era cuando el proletariado esperaba ayuda de otros círculos revolucionarios y estuvo bajo la influencia de esas tendencias. Aislado más tarde, no confiaba ya en su propia fuerza.

Por el contrario, el marxismo puso gran esperanza en que fuerzas exteriores acudieran en ayuda del proletariado, fuerzas que no fueron ofrecidas por el anarquismo, que confiaba siempre en la voluntad humana. La predicha experiencia de que el mismo desarrollo del capitalismo coadyuvaría en favor de los oprimidos, tuvo que aumentar la fuerza de atracción del marxismo. La posibilidad de poder efectuar sin peligro, y por medio del voto, la revolución social, encarnaría de manera favorable en la psicología de los trabajadores. Y el número creciente de votos conquistados por los socialdemócratas alemanes fué para muchos un sintoma de que se llegaría finalmente a una mayoría y seguidamente, a la conquista del Poder político y económico. Ciertamente que no presumían rápida esta marcha, pero en un tiempo en que había

desaparecido la creencia en la fuerza revolucionaria les pareció más factible para llegar a la meta este método que una revolución problemática y lejana.

La influencia moral del movimiento germano era debida no solamente al fortalecimiento de los grupos proletarios en Alemania, sino que también al alto prestigio conquistado por aquel Estado después de su victoria sobre Francia. De ese prestigio era copartícipe el movimiento alemán. Bajo la sugestión de las victorias alemanas y por la expresión imponente de su fuerza militar, la población de todos los círculos de Europa se había forjado la creencia de que los alemanes eran hombres íntegros en todos los aspectos y que había que aprender en su escuela para poder resolver todos los problemas. Hoy podemos ver idéntico proceso en el Japón, quien se ha levantado en un periquete como consecuencia de su victoria sobre Rusia, pues de una «raza despreciable de monos» se ha convertido en una nación admirada por su progreso.

Es en Bélgica donde notamos mayor influjo alemán. Comenzó a surtir efecto cuando, no creyendo ya en su propia acción revolucionaria, se tuvo que mirar hacia otros medios si no quiso caer en la inactividad y ganarse la enajenación de las masas.

Ya en 1875, los obreros de Gante propusieron un programa político, y en el mismo año se fundó una cámara obrera neutral en Bruselas, al margen de la Internacional. En el mismo año el Congreso de la Federación Nacional belga había dirigido una petición a las Cortes proponiendo la abolición del trabajo para niños. Hay una carta muy interesante de De Peape a Guillaume que justifica la posición de los belgas. Da cuenta de cómo brotó espontáneamente en los de Gante la petición sobre el trabajo infantil. La carta expresa, además de la posición de los belgas con respecto a esa demanda, su actitud política. Dice que los obreros serían más inteligentes si no se les desgastara desde su temprana edad. Tal actitud arrastró a otros movimientos y permitió una persistente propaganda socialista.

En un Congreso de la Federación Nacional belga celebrado en 1877 hubo agrias discusiones entre los socialdemócratas flamencos y antiautoritarios valones. Los primeros fundamentaban su posición en los éxitos de los socialdemócratas alemanes. Poco después se formó el partido socialdemócrata flamenco; el presidente de la Federación Nacional belga rechazó la invitación del Comité Federal antiautoritario al Congreso de la Internacional para 1877. Otra circular del Comité Federal proponía a las Federaciones Nacionales la convocatoria de un Congreso anual de la Internacional para el mismo año, en Verviers (Bélgica), para la primera semana de septiembre. Debía celebrarse antes del Congreso socialista general, fijado para el 9 de septiembre, en Gante. Todas las Federaciones contestaron en sentido afirmativo a excepción de la belga, cuyo Comité Federal, como se ha dicho, declinó la invitación. Pero ante la ausencia de respuesta del Comité de la Federación belga, los delegados de las secciones del Valle de Vesdre determinaron en un Congreso del

Además de estas fuentes documentales, Papini se apoya en la historia del pensamiento cristiano. Cierto que la doctrina de la reconciliación total y final de todos los seres en Dios no ha sido enseñada por la Iglesia romana, pero no es menos cierto, como señala el autor, que algunas opiniones, durante centurias enseñadas, fueron en el decurso de los siglos, si no condenadas, dejadas en el olvido para ser sustituidas por otras. Recuérdese el proceso de Galileo. Más tarde la Iglesia había de admitir, desmintiendo los textos, que la Tierra no era el centro del Universo. Y no hace mucho esa Iglesia, que condenó las teorías de Darwin, ha aceptado la doctrina evolucionista, con todo lo cual el dogma de la infalibilidad papal no ha quedado muy bien parado. Si esto ha ocurrido, ¿por qué cerrarse ahora a esa esperanza del perdón que significaría la reconciliación de todas las criaturas con su Creador?

Entre los críticos de esta obra de Papini —catolicísimos por supuesto— hay quien afirma que la obra no es tan «explosiva» como era de suponer. Cuestión de parecer y de entenderas, opino yo. Para un católico, esclavo de la Dogmática, gran parte de las afirmaciones de Papini son heterodoxas, rayanas en la herejía. Pero condenar a Papini equivaldría a condenar a más de un Padre de la Iglesia y entre ellos a Orígenes, cuya teoría de la **apocastasis** proclama el triunfo de la misericordia y del amor sobre la justicia. Y de esa condena no se libraría San Gregorio de Nysa ni San Jerónimo y algunos más, teólogos y escritores cristianos todos ellos. Otros críticos, católicos también, aseguran que las afirmaciones de Papini hechas en plan de tesis son condenables. Sin embargo, reconocen que estas afirmaciones de Papini encierran «el sueño de un corazón cristiano», pues sabe —y dice— que esta doctrina está fuera de la doctrina de la Iglesia, aunque espera que un día su «sueño cristiano» sea aceptado por la Dogmática. Otra opinión de los críticos católicos es que la obra de Papini está animada de una indiscutible buena voluntad, pero que debió quedarse en su oficio de **Savonola pequeñito** y no meterse en temas teológicos. No falta tampoco la opinión de que Papini ha **caído** en este libro, y esta **caída** podía preverse por su obra anterior. Papini no desdén la Teología; desprecia sí

la limitación, la pequeñez de los teólogos. En general, convienen unos y otros en que la obra tanto puede salvarse como condenarse. Puede salvarse si se mira y acepta como obra meramente literaria, con su carácter de esperanza cristiana, pero puede condenarse si se la examina desde el punto de vista teológico.

Aquí viene bien aquello que Cervantes pone en boca del Hidalgo cuando en el Tobosó buscaba el palacio de Dulcinea: «Con la Iglesia hemos dado, Sancho» Y bueno será recordar las palabras de Sancho y no en un sentido metafórico: «Quiera Dios que no demos con nuestra sepultura», de las cuales se deduce que ya en aquellos tiempos la Iglesia andaba muy lejos del perdón. Que la Teología sea terreno vedado para uso y abuso de los teólogos es una opinión muy católica. Yo tengo una opinión distinta y por lo visto Giovanni Papini también. De lo contrario, no habría puesto en este aprieto a la Iglesia que, bien a su pesar, ha de añorar los tiempos de la hoguera y del hierro. Porque lo de España es un caso insólito en la historia del mundo y de la iglesia misma.

En resumen, Papini anhela que los hombres mejoren sus costumbres y destierren de las relaciones sociales de hombre a hombre, de clase a clase y de nación a nación el odio y lo sustituyan por el amor. Y cuando este amor nos una a todos, **el matarás con justicia** de algunos católicos será sustituido por **el perdonarás con amor** que alienta en los corazones de cristianos y no cristianos. Entonces nos será dado comprender muchas cosas y, entre ellas, ésta: que Satanás, a pesar de toda la literatura hecha para catecúmenos y demás, no fué nunca tan enemigo del hombre: el verdadero enemigo del hombre estuvo siempre en el celoso guardián del dogma, en el esclavo ciego de la ley escrita, en el sacerdote fanático, cerril e intransigente de todas las Iglesias. De tal modo se han puesto las cosas hoy que necesariamente hemos de dar crédito a aquel personaje de Máximo Gorki, según el cual el Diablo estaba en Iván el Terrible. Para nosotros nuestro Enemigo, quien representa todas las fuerzas del mal, está en ese sector político y religioso que se opone a nuestros afanes generosos de conquistar para el hombre un poco de felicidad en la tierra.

Mariano Viñuales

NUESTRA SECCION LITERARIA

“La Vida y los Libros”

Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)

El suicidio del senador Mac KELLOG

(Novela corta)

— I —



QUELLA tarde la expectación había llegado a su climax en Washington. La noche anterior las redes de la televisión y radio, habían proyectado la imagen y difundido la voz del senador Mac Kellog, conspicuo personaje en la política, de la poderosa nación americana.

En efecto, no era para menos; el citado personaje en su irradiación había anunciado que poseía pruebas concretas para enjuiciar y posiblemente declarar reo de alta traición nada menos que al mismo Presidente de los EE.UU. Se comentaba en los círculos oficiales que tal suceso no había ocurrido desde los tiempos del Presidente Andrés Johnston, personaje al cual el destino hizo la triste jugarreta de hacerle sucesor a la presidencia, cuando la imagen pálida de Lincoln, abatido por un maniaco sureño, ocupaba la mente de toda la nación americana. Se argüía que si el senador Mac Kellog había dado a la nación tan insólita nueva, debía, indudablemente a que poseía pruebas ciertas acerca de algún grave desacato cometido por el primer mandatario.

El «Washington Post» y todos los demás rotativos de la capital federal habían agotado sus bobinas de papel y su tinta anunciando el acontecimiento en sucesivas ediciones. Incluso los órganos más serios (o tenidos por tales) como el «New York Times» y el «Herald Tribune» dedicaron varias páginas a intentar sacar deducciones de las declaraciones del senador. Los cables extranjeros ocuparon reducidas porciones de las páginas interiores.

La Casa Blanca habíase estremecido y dentro de ella el Presidente, que era demócrata, hacía cábalas desesperadas. Hasta la fecha solo había tenido problemas en el Senado y la Cámara de Representantes al presentar anualmente el presupuesto de Ingresos y Egresos—imprecisos unos, seguros los otros ya que, como había tenido la falta de picardía de nombrar a un Secretario de Hacienda que, además de esforzado miembro del partido del Presidente, era poseedor de cuantiosas acciones en diversas compañías dedicadas a la fabricación de armamentos, era objeto de puyas—carentes de fundamento, por supuesto— y originadas porque la mayoría senatorial pertenecía al Partido Republicano. Desde luego—obvio es decirlo—muchos de estos senadores eran también millonarios, pero no resultaban muy favorecidos en la formu-

lación del presupuesto y por eso se mostraban «ceñosos» del bien de la nación.

El Presidente mesábase el cabello sentado en el sillón giratorio de su amplio escritorio e intentaba, inútilmente, hallar una razón que justificara la terrible denuncia del senador Mac Kellog. Por lo pronto creyó prudente, y lo había hecho, convocar a junta a los jefes de las mayorías senatoriales y a su Gabinete. Sometido durante todo el día a reflexiones, por demás sombrías, había tenido que soportar la constante e histérica irrupción e inspección de su secretario de prensa, el cual, pálido, con el rostro desencajado y sin poderse mesar el cabello (porque no lo tenía) pedía al señor presidente instrucciones para redactar constantes boletines ambiguos, que los lobos de la prensa, radio, cine y televisión hacían digerir prestamente a los teletipos de la Casa Blanca con destino a todos los puntos cardinales de una nación en estado febril. Debemos aclarar que, el diligente secretario de prensa llamábase Parks.

El buen Parks recordaba la emoción de un titular a ocho columnas en su «News» provincial; la «ley seca»; el «crack del 27». Pero todo ello palidecía en importancia a este acontecimiento... Una llamada telefónica lo sacudió de su brevísimo letargo: el Presidente de la Suprema Corte de Justicia solicitaba entrevistarse con el señor Presidente. ¿Qué plan había forjado el senador y qué fin perseguía con ello?...

— II —

Desde el principio de la mañana la centralilla telefónica de la Casa Blanca era un perfecto manicomio. Será interesante aclarar que, como los EE.UU. son una democracia que pretende acercarse a altos niveles de perfección cívica, todo el mundo puede tutearse con el señor Presidente representantes de los anhelos del pueblo (al menos en teoría) y, ese pueblo tenía perfecto derecho de dirigirse a su presidente para decirle que era un canalla. No cabía duda, el programa radial del senador Mac Kellog había llegado al corazón de las masas, escandalizándolas al pensar que la corrupción administrativa hubiera llegado a tanto. El pueblo se preguntaba consternado: ¿Estará nuestro Presidente vendido a los comunistas?... Esa palabra de «comunismo» (desconocido por una gran mayoría de americanos hasta hacia unos años) era un problema de alta elucubración mental. El mencionarla era olvidarse de los resultados de los juegos en las Li-

gas Mayores de Beisbol. Y, desde luego más interesante que conocer a Marx y Engels, creadores de una terrible concepción de poder dictatorial, con una concreción positiva en la U.R.S.S. era saber si los «Yankis» podrían apalea a los «Indios de Cleveland». El cine de Hollywood y las tirillas «cómic» pensaban por ellos, mientras minorías selectas batallaban contra esta desidia mental que podría llevar al desastre al mayor imperio industrial del mundo. Una Roma entregada a sus placeres...

El secretario Parks había dado órdenes terminantes de desviar todas las conferencias telefónicas dirigidas al Presidente con objeto de atenderlas personalmente y entregar un resumen medular de las partes interesantes. Si lo hubiera hecho fielmente habría redactado el más completo diccionario de modismos insultantes de toda la nación americana. ¡Había un traidor en la Casa Blanca! La nación, desde los Apalaches hasta las Rocosas, pasando por la sinfonía multicolor del Mississippi había sufrido un sacudimiento, como no se viera desde los tiempos en que las fuerzas de Lee, Grant y Sherman ensangrentaron el extenso territorio mientras un poeta obscuro llamado Walt Whitman pedía al hombre dignidad...

De pronto, inesperada llamada sobresaltó a una de las telefonistas del cuadro automático de la Casa Blanca; provenía de la Secretaría particular del senador Mac Kellog. La voz, nerviosa, decía que era urgente y que deseaba comunicarse directamente con el Sr. Presidente. En la central conectaron con la oficina de Parks y preguntaron a éste si obedecían las indicaciones de la ciertamente insólita llamada. Al enterarse el veterano periodista de dónde provenía la voz, conectó, a su vez, con el despacho presidencial (en él se encontraba el Presidente de la Suprema Corte de Justicia) de donde le dieron instrucciones de que pasara la comunicación.

El siguiente es el breve, dramático e histórico diálogo que sostuvo a través del hilo telefónico (eran las 10.30 P.M. y hacia 24 horas exactas del programa radial compuesto del mensaje senatorial que nos ocupa y que había sacudido a la Nación):

—¡Hello!... ¿El Sr. Presidente?...

—¡Sí!... ¿Con quién hablo?...

—Habla Braden, secretario del senador Mac Kellog...

—¿Mac Kellog?... ¿Y qué quiere ese miserable?...

Al otro extremo del hilo una voz solemne contiene la visible indignación que desborda el alma del Presidente.

—Sr. Presidente. Debo comunicarle a usted que el senador Mac Kellog acaba de suicidarse y ha dejado sobre su escritorio una nota en la que solemnemente exonera a usted de todos los cargos lanzados en la transmisión del día de ayer por radio y televisión, al mismo tiempo que considera toda su carrera política...

La voz se quebró en un sollozo; el presidente lleno de emoción instó a Braden a proseguir:

—¡Sr. Braden!... ¡Sr. Braden!... ¡Es necesario que termine usted!...

—(La voz prosiguió lentamente) ...al tiempo que considera toda su carrera política una inmensa estafa moral perpetrada al pueblo...

—Son los estrictos deseos del difunto senador el que me apresurara a comunicar esta noticia a usted, señor Presidente. Excuso decirle que yo mismo me encuentro tan perplejo como el que más...

La historia de la nación había corrido vertiginosamente en esas últimas veinticuatro horas.

— III —

Ha llegado el momento de explicar brevemente quién era el senador Mac Kellog y el por qué de su osadía política que culminara con la denuncia al señor Presidente e inmediatamente después, sin una aclaración satisfactoria de su suicidio. Que, por supuesto, originó otra sacudida eléctrica en toda la nación.

Nació el señor Kellog en un pueblecillo—uno más entre los miles que existen en la gran Unión Americana. El medio rural dejó honda huella en su espíritu. Frecuentemente gustaba recordar cómo había ayudado a la reconstrucción de la pequeña iglesia metodista, destruida por el fuego de un «piromaniaco» el cual, al ser detenido por la policía y llevado a presencia del sacerdote fué perdonado de palabra mientras los mozalbetes del pueblo no compartiendo las nociones de caridad del pastor quisieron enviarlo al otro mundo. Afortunadamente el linchamiento de un blanco es cosa prohibida en los Estados Unidos, incluso en Tejas, y solamente se usa para el consumo cinéfilo mundial en los llamados «westerns» o películas del oeste. Mac Kellog tomó parte en la tropelia ante la mirada aprobatoria del pueblo.

El muchacho crecía contento y sano. Lo que a veces le preocupaba, era la mirada inquisitiva de su padre que él, furtivamente, había observado causándole honda desazón. Por lo demás nada turbaba la armonía familiar. Su madre murió cuando él todavía era niño, haciendo los menesteres domésticos una simpática ancianita que pronto fué como de la casa.

Mac Kellog no se distinguió en el colegio como un alumno aventajado; más el no ser inteligente no le impidió ser «listo» que viene a ser una especie «vital» de inteligencia práctica. Si bien las disciplinas universitarias no eran para Mac Kellog, si era un pez ducho para navegar en los encontradas corrientes de nuestro tiempo. En efecto, fué miembro de los numerosos comités que se fundan en los poblados americanos y que abarcan tan variadas actividades que existen cuarenta mil maneras de mantener ocupada la sociabilidad del americano. Comisiones «para recoger ropas para los pobres»; «Comité de vigilancia moral»; y «Juntas patrióticas». ¡Ah, eso de las «juntas patrióticas» era bocado de cardenal para nuestro Mac Kellog! Ahí estaba en su elemento.

Pronto fué el portaestandarte de los legionarios del Estado; pronunció pomposos discursos en las ceremonias de los veteranos del 17 y después—al correr de los años—cuando el concepto de las «mentes preclaras del pueblo» fué convenientemente añejado, surgió su postulación y el nombre de Mac Kellog quedó convertido desde entonces en sigla de civismo.

Al correr de los años fué aislacionista; adoró a Mac Cormick, el dueño del «Chicago Tribune», periódico al que suele no hacerse caso; fué amigo de Hearts «el viejo de la montaña» (fabuloso magnate de periódicos «amarillistas», expertos en promover escándalos y sacar «trapitos» de personas—salvo

algunas contadas excepciones para hacer honor a la regla—mucho más honradas que los editores que los lanzan abusivamente a la vindicta pública. Era la ley de la tinta mercenaria, ya que no se podía llamar a aquella prensa; pero a Mac Kellog le interesaba ver su nombre mezclado en problemas patrióticos que él gustaba llamar—en sus declaraciones—«problemas domésticos». El papel de juez benigno pero recto encantaba a nuestro futuro senador. Empero, debemos indicar—para el buen orden de esta narración—que el Sr. Mac Kellog—de recio tronco escocés—gustaba de las «inocentes» triquiñuelas que son privativas de los políticos. Se podía cobrar en forma de dádivas «cariñosas» la abstención de referirse en los discursos del Estado a los «trusts» de fulanito o a las conexiones que meneguito tenía en Washington, para arreglar asuntos que, a cualquier mente honrada, se le hubieran antojado como peliagudos por lindar tranquilamente con la desverguenza. Las canonjías, por este motivo, llovieron en el terreno abonado del tremebundo descendiente del país de los lagos y, pronto, el naciente diputado aspiró a la gobernatura del Estado natal. Había fondos para ello y cierta consideración práctica de la vida que él llamaba «elasticidad». Ciertamente era habilidad de Mac Kellog el cambiar de partido como de chaqueta. En EE. UU. o se es demócrata o se es republicano. Mac Kellog fué de los dos partidos, pasándose de uno a otro según su conveniencia. A los íntimos les manifestó jocosamente—tenía esa hilaridad agresiva de los texanos—que él solo respetaba a un partido: el mackellogista. Era sincero.

Inesperadamente surgió un tropiezo en su carrera ascensionista. Estalla la guerra. Y—claro está—Mac Kellog «hijo predilecto del Estado», patriota número uno, presidente «honorario» de los ochocientos comités del Estado, uno de ellos de título muy gracioso: «Defensores de la Biblia», no podía estar inactivo. Inmediatamente se incorporó en el Ejército y pidió inscribirse en la aviación. Después de un curso intensivo se convirtió en piloto de «caza» al cual bautizó con el nombre de «dama infernal» en honor al mote glorioso que los escoceses, vestidos con la típica falda, han merecido por su comportamiento en las diversas acciones guerreras a que los ha conducido el Imperio Inglés, en todos los lugares del mundo. Más tarde Mac Kellog hubo de confesar—refiriéndose al nombre que puso al avión—que era una de las raras ocasiones en las cuales se había dejado vencer por la influencia de sus ancestros; en buena política el avión debía haber llevado el nombre de «Defensor de la Biblia», así, quizá, podía haber conseguido más votos de los anabaptistas, menonitas, metodistas y también un poco de respeto de los aviones japoneses, los cuales lo enviaron al suelo en una refriega aérea en una isla del Pacífico.

La convalecencia en un hospital del Ejército sirvió para dirigir—a larga distancia—una bien organizada propaganda para ocupar el puesto—a la sazón vacante—de senador. El de gobernador lo perdió al tener que salir a combatir al enemigo, pero sin embargo recibió el aprecio de sus coterráneos y eso era muy importante para sus próximas salidas al «ring» público.

Con su brazo en cabestrillo solía el Sr. Mac Kellog en pensar lo hermoso que sería mezclarse en esa madeja de nervios, corazón de la nación, que es Washington. La boca se le hacía agua. Las marrullerías en su Estado le habían servido de mucho.

Ciertamente no carecía de experiencia en lides políticas...

La guerra llegaba a su fin. La fotografía de Mac Kellog, vestido de piloto y con el brazo rodeado de vendajes (el izquierdo) tapizó las paredes de todos los pueblos y ciudades de la región. Vocingleros politiquillos, de poco caletre, pero de agudeza profesional, pregonaron lindezas del retoño escocés y... el triunfo quedó asegurado.

No haría falta decirlo pero queremos ser cronistas concienzudos: la llegada de Mac Kellog al aeropuerto de la capital de su Estado fué un apoteosis. Algunos periódicos mencionaron el hecho de que la recepción había sido pagada por un consorcio industrial interesado en robustecer su posición en el tinglado federal de la capital. ¡Envidias!, proclamó la orquesta escocesa. Y así tenemos a nuestro biografiado en la capital de la nación.

— IV —

De pronto, el silencio. Era desesperante. Mac Kellog no mereció en la prensa del Distrito Federal sino una gacetilla sin importancia en la segunda página. Dos líneas en la primera por una visita de cortesía al Presidente en la Casa Blanca, después... nada.

El mundo estaba muy ocupado en sus asuntos para ocuparse del senador Mac Kellog; él era una de las cuarenta y ocho estrellas de la Unión. Por otra parte el Senado se tornó en un asunto más serio de lo que el creyera al principio, pero no desesperó. Un día, en los corredores del Capitolio, alguien le dió un buen consejo en forma de pregunta, puesto que le inquirió bruscamente: «¿Sabe usted algo de política extranjera?» Aquella pregunta fué motivo de hondas meditaciones. En efecto, él había sido ferviente partidario del aislacionismo. Su divisa: «Que Europa y Asia solucionen sus conflictos políticos y bélicos y que a nosotros nos dejen al margen. Nuestro interés en cualesquiera circunstancias: tenerlos como consumidores de nuestros productos y procurar abatir barreras arancelarias y proclamar «la libertad mundial de comercio», para penetrar en cualquier área de litigio con el supremo poderío de unas líneas «estandarizadas» llevadas por flotas de potentes vapores. Por otra parte nuestros Océanos son amortiguadores de cualquier acción belicista... Desde Bahía Perla había cambiado en sus deducciones políticas. ¿Pero por qué no había de hacerlo?... Era la tónica del país. Gente como Lindbergh lo habían hecho y a él no podía acusársele de haber estado en contacto con nazis o fascistas. Por esos entonces recurrió a una corriente aislacionista que tenía una concepción muy peculiar de la estrategia: «En esta nueva matanza lo más importante—era la parte medular del razonamiento—es la guerra contra el Japón». O dicho en esa política Monroe de manga ancha: «El Atlántico para los europeos en Europa, pero el Pacífico solamente para los americanos». Aplastar al nipón y salvaguardar la posición yanqui en las Islas Filipinas...

Hubiera sido gracioso preguntarles a los grandes guerreros «cherokees», que existieron en el siglo pasado, como «Chaqueta Roja» o «Halcón Negro», qué pensaban de estos «americanos» de 200 años de edad que tan bonitamente se habían nacionalizado en las

tierras otrora del indio y el búfalo. La bola del mundo salpicaba lodo al espacio. Y la cabeza de Mac Kellog también. Tenía que haber algún punto donde asirse. Recordaba—allá en su pueblo—las tremebundas narraciones que, el reverendo Cunningham hiciera a los muchachos al relatarles pasajes de la Biblia y las exhortaciones para que todos fueran cruzados de la fe. Saladino se removía en su tumba ante estos nuevos militantes de la cruz. Sí, él sería un cruzado de la fe... más. ¿Cómo? El caletre senatorial encontró pronto el «quid» que quiere decir en «argot» político más o menos esto: «Hallar un modo de justificar cierto interés por parte del pueblo en un asunto que, por lo menos, tenga apariencia de honorable». ¡Ah, eso de honorable era una palabra muy seria. Recordaba al discurso sarcástico de Marco Antonio ante el cadáver de César asesinado (en el «Julio César» de Shakespeare): «Sin embargo Bruto dice que era ambicioso y Bruto es un hombre honorable». Y Mac Kellog no quería que su honorabilidad terminara en Filippos.

He aquí el plan del nuevo «cruzado»: «Luchar contra el «Anti-Cristo» personificado por Rusia y, aprovechando eso destrozando todo el movimiento de diversas tendencias liberales. Según la pauta de Mac Kellog la libertad en los Estados Unidos sería la libertad de las grandes industrias de común acuerdo con un gobierno que únicamente valorizara la opinión de los «trusts» (conjunto de imperios chicos que crean un imperio grande para defenderse). El hombre queda reducido a un número. De donde resultaría que Mac Kellog sin conocer a Marx estaba resultando más marxista que los comunistas con todos los agravantes de dictadura que se vislumbraban en el «plan»...

Para llevar a cabo sus planes contaba con la historia y también con los ricos terratenientes, petroleros y ganaderos texanos y con financieros de toda laya dispuestos a encumbrar a la presidencia a cualquier fullero que fuera general o político «tradicionalista». Algo así como el viejo Roosevelt (Teddy) «el tío del garrote» en edición moderna. Empero, se olvidaba Mac Kellog que los buenos tiempos habían pasado y quizá Teddy resultara tan fuera de lugar como las sombras venerables del «Halcón Negro», «Chaqueta Roja» o el «Indio Jerónimo».

La bola del mundo seguía girando cuando Mac Kellog se lanzó a la batalla por un destino. ¿Era mesianismo u oportunismo?...

— V —

Ahora ya no había silencio. Todo era algarabía en Washington. Las prensas rechinaban vomitando grandes titulares y el nombre escocés del senador pronto esmaltó las ocho columnas de la prensa americana y para alimentar esta progresiva popularidad Mac Kellog descubrió un arma estupenda, era el dardo fatal para su temible cerbatana política: el archivo. La manía de los hombres desde los albores de la civilización ha sido el archivo, y el mundo actual se fundamenta en la base de un archivo gigantesco, heterogéneo. La Tierra fué clasificada y surgió la geología; se amplió con el estudio de los fósiles provenientes de organismos que vivieron en tiempos remotos y apareció la paleontología y así en una sucesión interminable de recuen-

tos y divisiones pasando a los palimpsestos, papiros, tablas, resúmenes pictográficos, donde surge la indiscreción, cuna de la historia. Y ese constante juego de las revelaciones íntimas indujo al mundo, por siglos, a coleccionar pensamientos ingeniosos y científicos que hoy solazan y confortan nuestro cuerpo y esa pequeña llanita inductiva que llamamos espíritu.

Pero tal parece que la bribonería va unida a nuestro ser indisolublemente y el archivo sirvió de base, también, para métodos reprobables, pero al fin y al cabo dignos del perverso ingenio humano, pues sirvieron para fundamentar lazos coercitivos de las sociedades y para provecho de truhanes erigidos en dictadores, así como para los políticos en general (¿extraña similitud, verdad?).

Y así surgen las fichas dactiloscópicas y antropométricas, pasando el hombre a la categoría de número o a personaje de zoológico. Y así, de registro en registro, la historia de millones de seres es revelada por las metódicas y rutinarias hojas que se amontonan en los juzgados de todo el mundo. Por tanto, Mac Kellog descubrió que, el emplear una serie de secretarios para coleccionar datos, declaraciones y situaciones falsas de sus rivales políticos, podían darle la clave para muchos de sus ataques. ¡Temed a una mente archivista destinada al mal! Algunos dólares bien distribuidos son terreno abonado para la natural debilidad humana y motivo para el hermoso crecimiento de los reportes confidenciales. En política—es axiomático—es más difícil mantener el equilibrio que en las arriesgadas proezas circenses a algunos metros del suelo sin red protectora. Había pues que precaverse. Así surgió el archivo del senador y Mac Kellog se convirtió en fiscal extraoficial que citaba y destrozaba en reuniones sensacionalistas, bajo el ronronear de las cámaras de cine, los ojos electrónicos de la televisión y los micrófonos de las emisoras, a los prohombres de la nación. No, no solamente había que extirpar la hiedra comunista, sino cualquier movimiento liberal que criticara a los elementos reaccionarios de la nación, incluso cualquier organismo que mencionara demasiado a Jefferson y a Paine con sus clásicas citas acerca del gobierno de los hombres. Eso sería falso americanismo. ¡Cuidado, pues! Los Paine como el viejo Tom—debían ser enterrados en nacimientos extraños, mientras las tierras de los «cherokees» sólo podían alimentarse de la carroña de los Mac Kellog. América del Norte era—según nuestro senador—una extraordinaria asociación de grupos industriales que predicaban varias libertades en una: «libertad de comercio... para nosotros». El «archivo» funcionaba...

Sabios que odiaban tanto la tendencia dictatorial de los marxistas, emanada de Moscú, como los métodos fascistas de las «comisiones investigadoras»; literatos y pensadores que habían ayudado moralmente y en ocasiones materialmente causas como las que defendían los revolucionarios españoles en su guerra del 36 al 39; artistas que habían tenido veleidades femeninas (¿cómo aceptar esto en país de tan incorruptible moral?); políticos liberales, militares y toda la gama más o menos conspicua de la nación, cayó bajo el pasto de las investigaciones senatoriales de Mac Kellog y la prensa amarillista de la nación. El archivo había funcionado bien y las 26 letras del abecedario inglés estaban cuajadas de sugerencias y maledicencias. ¡Ah, esto era la culminación, la cúspide de su labor iniciada en las «juntas patrióticas» de su pueblo natal!...

Su padre, desde el pueblo, había observado la carrera meteórica de su hijo, al parecer con poca satisfacción. Las cartas de nuestro caro senador remitidas a su progenitor eran pocas y breves. Mac Kellog volvía a recordar la mirada silenciosa e inquisitiva de su padre allí en su pueblo, a raíz de sus primeros pasos malandrinescos y, aunque no lo exteriorizaba, ni su padre le hubiera dicho nada, una íntima, tenue, pero persistente zozobra lo mantenía inquieto («algo había»). Empero, pasaron los años y sus triunfos inquisitoriales le habían hecho olvidar un tanto ese raro malestar...

Cuando aquella tarde recibió la visita de dos comisionados suyos para investigaciones ultra-secretas y apercibió el rostro sonriente de ellos se preparó a recibir una noticia agradable; por lo que, tras los rápidos saludos de rigor, inquirió ansioso:

—¿Y bien señores, tienen ustedes algún informe interesante que facilitarme

—Senador—declaró sin preámbulo uno de ellos— es sensacional... Hemos comprobado, computando la documentación de tratados secretos que el Sr. Presidente infringió las leyes de seguridad, tomándose atribuciones que, solo pueden ser sancionadas previamente por el Senado y la Cámara de Representantes. Es sintomático compaginar esta acción con los discursos recientemente pronunciados, en los que el Sr. Presidente veía a nuestra Comisión como «sospechosamente peligrosa» para la estabilidad constitucional del país... (se animaba por momentos al hablar). La alianza con potencias enemigas de esta nación sólo puede conducir a un resultado desastroso. La precaución no es palabra adecuada en la boca de un Presidente...

Y así este sorprendente ejemplo de «Big Stick» o política del garrote vertida con sibilina e insinuante largueza por los labios de aquel ducho consejero. Fue de esta manera como se forjó en la mente del senador la más sensacional jugada política: denunciar como «traidor» al mismo Presidente... y así, también, llegó su inesperado fin.

— VI —

La mañana que siguió a la radiodifusión nocturna, en la que el Sr. Mac Kellog dejara asombrada y febricitante a la nación, su señor padre hizo su entrada en la oficina senatorial; su aspecto era grave, pero nadie percatóse de ello ya que los empleados estaban ocupadísimos contestando llamadas telefónicas; rechazando a numerosos periodistas, políticos y gente de diversa catadura que formaban legión en el pasillo. (Apostamos que alguna compañía comercial habría enviado a su representante para conseguir un contrato que consistiera en una foto del senador con esta leyenda: «El senador usa jabón X...»). La celebridad en los Estados Unidos es cartel de propaganda comercial.

El Sr. Mac Kellog entró en la secretaría privada de su hijo y sorprendió a este dormitando—en mangas de camisa—en el sillón giratorio del despacho y con la mano le sacudió levemente hasta que lo despertó. El senador quedó asombrado pero pronto se repuso y se alegró de la presencia de su padre:

—Me complace verte por Washington... ¿Supongo que te enterarías del discurso que pronuncié por radio... ¿Cómo están en el pueblo?

Iba Mac Kellog a seguir con las preguntas familiares cuando el padre lo interrumpió bruscamente preguntándole:

—¿Qué buscas en la vida, hijo?...

Mac Kellog volvió a sentir el raro malestar que siempre le producían las miradas penetrantes de su padre y replicó desconcertado:

—No comprendo... tú sabes bien que mi carrera política está encaminada...

—¡A tu medro personal...—le interrumpió vivamente el viejo Kellog y siguió vehementemente:

—¡Ah, hijo mío, he seguido tus andanzas paso a paso y me juzgo culpable ante la nación y ante el mundo. Me preguntarás que por qué no te dije nada antes; que por qué no intenté atajarte. Para eso hace falta ser un buen padre; un padre con convicciones y yo, aunque las tenía, no hice nada. Te voy a ser claro: Fui un cobarde conmigo mismo. Esperaba que tus pilladas...

—¡Padre!...

—... Esperaba que tus pilladas—repitió firmemente el viejo—no se agrandaran, pero todo se empezó a embrollar y yo—un viejo extranjero—no podía inmiscuirme en las decisiones de un hijo ya mayor, pero ayer escuché la transmisión de tu mensaje radial y tuve que tomar el avión y venir a esta ciudad a impedir que sigas con estas canalladas...

Hizo una pausa en un ambiente tenso.

—... Tengo, además, que decirte algo, que quizás te haga denunciar a tu padre.

Y añadió irónico:

—No me dirás que no sería la culminación de tu obra maestra...

El senador, pálido, escuchaba a su padre. Maquinalmente había cerrado el circuito interfono y el dictáfono o grabadora de cinta y había convertido la oficina en un pequeño mundo distante del bullicio de las otras secretarías del despacho.

—No acierto a comprender... esa forma de hablarme. Hay algo ominoso en tus palabras. Es mejor que me hables claramente.

A lo que repuso el anciano:

—Así es hijo; voy a ser breve, conciso, sintético. Creo que tu deber es denunciarme como reo de traición o por lo menos como extranjero cuyos antecedentes no han sido debidamente investigados.

—No digas tonterías. Llevas más de cincuenta años en el país; eres ciudadano. Tu comportamiento ha sido modelo...

—Senador Mac Kellog—interrumpió el viejo escocés—tu padre fué dirigente revolucionario en Escocia. Presidió varios comités huelguistas en las minas de Gales; estuve, por ello, en la cárcel. No soy comunista y nunca me han convencido los marxistas, pero eso es poco importante ahora. La táctica tuya es la de enfangar a todo hombre de bien por el solo hecho de tener inclinaciones izquierdistas. Aunque a fuer de ser sincero nunca he podido comprender por qué debe incluirse a los comunistas como «izquierdistas» si bajo este rubro se ampara todo ideal de avanzada. Mi historia, querido senador es la historia de un claudicante en

su plenitud, pero es la revelación final de una conciencia que no puede resistir más la hipocresía. A los bordes de una muerte probable necesito descargar mi conciencia y lo hago con la persona que ha traicionado mis sentimientos más íntimos...

Hizo una pausa. Su hijo había dado la vuelta a su sillón giratorio ocultando su rostro. Era de imaginar el tremendo impacto que la oración paterna estaba produciendo en su ánimo. Permaneció en silencio. El padre prosiguió con voz velada por la congoja:

—Vine a América cansado, agotado prematuramente. La vida en ciertas partes de Europa no suele ser muy benigna. La lucha por la vida, por las ideas con que nos torturamos física y mentalmente hastían a menudo a quien carece del temple necesario...

—Hace cincuenta años—el anciano desgranaba el album de sus recuerdos—era relativamente fácil venir hasta acá, especialmente si tienes nombre escocés o irlandés. Decidí ocultar mis convicciones y enterrarme en vida en cualquier pueblo del interior. Así lo hice. Tú lo sabes. He creado una familia, fundado un negocio, que, poco a poco me dió para vivir decorosamente. Me impuse el seguir la rutina del pueblo y poco a poco fui conquistando la estimación de mis vecinos. Además no creo merecer otro trato. Mis ideas, mis luchas obreras, todo quedó relegado a un pasado allende el océano. Era como esos barcos balleneros que salen del puerto y se olvidan del regreso, pero siempre tienen fijo el lugar del que zarparon. Yo también recordaba Glasgow y los verdes cantiles de Carrick, así como las brumosas laderas de Cardigan en la Gales minera donde el dolor se esfuma con las corales que entonan los mozos del lugar. Otros meridianos trazaban el destino de mi vida. Empero, confieso que un hormiguillo roía mi corazón y mi estómago. Algo quedaba dentro... Entonces tu naciste y yo fui un padre orgulloso. Reconocí en tí ese raro don de salir adelante en todos los problemas a los que el ser humano debe de enfrentarse desde el principio. Y me dije: ¡Este será un buen Mac Kellog, audaz y práctico!... Así pasaron los años. Los padres perdonamos mucho, nos olvidamos de otro mucho. Pero yo me encontraba ante un problema nuevo que, en cierta forma, revivía mi viejo problema. En mi familia estaba surgiendo un Benedict Arnold...

Al llegar a este punto la narración, el senador sufrió una sacudida y volviéndose interrumpió al anciano y le dijo con voz colérica:

—¡Padre!... ¿Qué dices?... ¿Luego soy un traidor?...

El viejo Mac Kellog pegó un puñetazo encima de la mesa y dijo con ojos llameantes:

—¡Déjame acabar!... Dije que eras un Benedict Arnold y lo sostengo. Has engañado a los Estados Unidos. Llenado de cieno todas las esferas intelectuales. En tu constante prevaricación influiste a las organizaciones obreras a realizar cometidos que desmerecieran sus nobles trayectorias anteriores. Te has hecho cohechar por las grandes firmas de la nación. Destruyes pero no creas, porque eres un ente eminentemente corrosivo... No tengo intención de analizar tu última hazaña. Al fin y al cabo tanto el Presidente como tú sois políticos y bajo ese santo nombre se ampara cualquier cosa, menos la ética. Pero tú has sobrepasado los cánones de la

bellaquería; mentiste en la forma más escandalosa y especulativa a que puede atreverse hacerlo un hombre en esta nación. Y al mentir así deduzco que el zarpazo lleva miras ambiciosas: ¡Anhelas ser Presidente y en realidad serías un dictador. Y esta jugada no debe seguir su curso. En nombre del joven minero que amaba la humanidad y que tenía convicciones sociales debo de oponerme a ello. Me vas a preguntar que cómo lo lograré. ¿No es así?

Se miraron fijamente los dos. El senador pálido; el viejo con el rostro cansado pero irradiando respeto:

—¡Bien! No te haré perder mucho tiempo en elucubraciones, te lo diré.

Sacó del bolsillo un sobre amplio que depositó en la mesa. El senador miró a su padre sin atreverse a tocar el pequetito, pero que se apreciaba voluminoso, pero el viejo le hizo imperioso ademán de que lo abriera. Y al rasgar el sobre su interés creció de punto; se trataba de copias fotostáticas.

La admonitoria voz del padre aclaró:

—Ahí verás varios documentos que descubren una serie de transacciones ilícitas de sabor repugnante. Te preguntarás que cómo las conseguí; te olvidas que para la estafa los familiares también somos espléndida carnada. Enemigos políticos tuyos se acercaron a mí y tras varios subterfugios logré conocer el verdadero móvil: hundirte. Se trataba de comprar esos papeles y lo logré a muy alto precio. Aquí tienes las pruebas... yo conservo los originales...

El senador todo sudoroso preguntó:

—Y ahora... ¿Qué te proponer hacer?... A lo que el viejo repuso:

—Te conmino a que te retractes de la acusación al Presidente; de la de todos los hombres que manchaste. Debes anunciar que te retiras de la política y que, por lo tanto, dejas vacante la senaduría y las comisiones políticas que presidías... Tu respuesta a las preguntas será solamente una: ¡Me equivoqué! O si lo prefieres: ¡Soy demasiado honrado para la política!... (¡Qué ironía... ¿verdad?)

Con el rostro demudado el senador hizo una última pregunta a su padre:

—¿Y si me niego?...

—Considero esa posibilidad—respondió el anciano Mac Kellog—y puedo asegurarte que los políticos enemigos se llevarán la gran sorpresa, puesto que la denuncia será total. En resumen: estas cartas serán dadas a la publicidad en todos los diarios de la nación. Conoces el prodigioso mecanismo de las agencias de información. Mañana mismo las columnas de los periódicos amanecerían pletóricas de fobia. Tu hundimiento es seguro; el mío sucedió hace ya muchos años... Creo que hemos hablado bastante.

El venerable escocés se levantó trabajosamente del sillón en el que estaba sentado; caminando lentamente abrió la puerta del despacho y se perdió en medio de la algarabía que privaba en las secretarías anexas. Al salir del edificio se quedó un rato pensativo y algunas lágrimas rodaron por su rostro. Quizá se preguntó si merecía la pena haber habido dejado los verdes cantiles de Garrick o las brumosas laderas de Cardigan y sintió un gran cansancio.

Adolfo HERNANDEZ

LA EDUCACION

DEL HOMBRE

3. EL ARTE Y LA NATURALEZA HUMANA



PLATON fué un autoritario. Su utopía política ha sido siempre un modelo para los exponentes del estado totalitario. Es por tanto necesario preguntarnos a nosotros mismos si en esta teoría no se esconde una denegación de esa libertad e integridad de la personalidad humana que es la base de nuestra filosofía libertaria. Aceptado el predominio de «imperceptibilidad estética», este peligro seguramente existiría: el «orden de la naturaleza» se interpretaría de una manera sistemática e insensible y las facultades emergentes del niño estarían entonces condicionadas a este patrón rígido. La república de Platón puede ser considerada sin duda alguna como un patrón rígido de esta naturaleza: es la creación de un poeta, pero su belleza es objetiva, calculada, clásica: es como un cristal de hielo. Pero la naturaleza es un desarrollo vivo, y la naturaleza humana es ardiente y móvil. Entre la forma natural de desarrollo, que es una obra creadora de la fuerza de la vida o de cualquiera que sea el impulso que anima la materia orgánica y de las formas compendiadas por el intelecto humano, existe esta diferencia: la una es un proceso continuo de libertad y espontaneidad, de desarrollo e integración, mientras que la otra es un acto de objetivación o exteriorización y fijación, de enfriamiento y petrificación. Nuestra crítica sobre Platón, si éste fuera el lugar adecuado de poderla continuar, se acusaría de haberse apropiado el proceso natural, de haber hecho de él una medida-patrón y de este modo destruido su cualidad de espontaneidad que en la personalidad humana es la cualidad de la libertad espiritual.

Durante los últimos sesenta años dos tendencias completamente distintas han hecho posible para nosotros el aceptar las teorías de Platón del lugar del arte en la educación sin correr el riesgo que le ofrecería a la mente incapaz de percibir. Una es la completa revolución que ha tenido lugar en nuestra concepción del arte mismo, y la otra la revolución en psicología.

La revolución en el arte no es de ningún modo completa, ni tampoco se ha establecido todavía un nivel o estilo definido. A mucha gente le parece que el estado presente del arte es meramente confuso e incoherente. Pero ha de ser obvio, incluso para el espectador más aturdido de la escena moderna, que existe más similitud esencial entre un edificio moderno funcional y el Partenón que entre el Partenón y los edificios clásicos de nuestros tiempos. El edificio funcional y el Partenón exhiben las mismas líneas fundamentales de la buena arquitectura: propiedad de estilo, armonía de las proporciones, buena forma. Mientras que un edificio moderno de estilo clásico puede ser descrito solamente como una fantasía en la incorrección arquitectónica. En lo que concierne a la pintura moderna, nuevamente nos

encontramos con que no hemos de aceptar todas sus confusas manifestaciones como un progreso hacia el ideal de belleza que Platón se imaginaba. No obstante, los que quieren ver y no lleven encima el prejuicio de la censura, encontrarán en esas manifestaciones confusas del espíritu moderno obras de arte que responden al canon platónico y que son símbolos de la gracia, ritmo y armonía que condujeron a Platón a hacer del arte la base de su sistema de educación. Uno puede afirmar de todas las artes que durante los últimos treinta años más o menos, un espíritu de investigación y comprensión científica nos han vuelto a los principios básicos, y eso aunque no podemos apuntar aún a los resultados de una gran era, estamos ahora en posición para comprender el significado del arte, como nunca ha existido desde los tiempos de Platón. Esta es una gran reivindicación que hemos de hacer para la filosofía moderna del arte; es tal vez una reivindicación presuntuosa. Pero no importa cuán humildes y desapasionados seamos, es difícil encontrar un período intermedio que alcance tal comprensión. Es verdad que durante el Renacimiento hubo grandes humanistas como Alberti, que le debían mucho a las doctrinas platónicas y el arte de ese período era, desde luego, una imagen más próxima a los ideales de Platón que todo lo que nosotros hayamos podido poner en escena hasta el presente en los tiempos modernos. Pero ni Alberti ni ninguno de los humanistas posteriores no importa cuán lejos fueran en la dirección de identificar los ideales morales y estéticos, nunca se comprometieron en nada tan radical como un método estético de educación. Ellos en el fondo eran humanistas y lo mismo que el héroe de Browning (*The Grammarian's Funeral*), habían «decidido no Vivir sino Conocer», un noble ideal para los pocos que son felices trabajando «muertos de cintura para abajo», pero no un principio para los que creen con Platón que la función de la educación es la de fomentar la buena vida.

Por más que una mayor comprensión de la naturaleza del arte nos ha permitido apreciar la verdad y pertinencia de la teoría de Platón sobre la educación, nos hemos visto ayudados en una escala mucho mayor por una más amplia comprensión de la naturaleza humana, la cual debemos a la psicología moderna. El demostrar adecuadamente este hecho nos llevaría a una discusión técnica que no sería apropiada ahora, pero quizás podría indicar brevemente tres sentidos en que la psicología moderna tiende a apoyar nuestras reivindicaciones.

El primero se refiere a la significación de la fantasía en el pensamiento, fantasía de cualquier naturaleza, aunque resulta más simple discutir la cuestión en términos de la fantasía visual. Sabemos, basándonos en experimentos recientes, que el niño empieza la vida con una imaginación llena de fantasías extremadamente vívidas. Una escuela de psicólogos mantiene incluso de que el niño en los primeros años encuentra dificultad en distinguir entre sus percepciones del mundo externo y sus imágenes secundarias, y que la memo-

ria-imagen normal sólo gradualmente es separada de estas vividas imágenes «eidetic». Cualquiera que sea la verdad de esta teoría, nosotros tenemos por seguro que el próximo escalón en evolución, el escalón del pensamiento conceptualista, sólo es alcanzado por la supresión gradual de la fantasía. Ahora, toda la tradición aristotélica sobre la educación está tan entregada a la superioridad de los procesos conceptualistas o lógicos del pensamiento que todos los medios han sido puestos en ejecución para ahuyentar las imágenes de la mente del niño y hacer de él una eficiente máquina pensante. Es aceptado como axiomático que los métodos lógicos de conducta eran singularmente eficientes y la ambición de todo pedagogo era la de trazar un esquema lógico para cada asignatura en el plan de estudios. Fué experimentalmente establecido que las imágenes no realizaban función útil en el pensamiento abstracto y mientras más abstracto era el pensamiento más sensato se consideraba a éste. Para citar a un educacionalista bien conocido (Charles Fox, «Educational Psychology», London, 1930, p. 36), «Los niños de más fértil imaginación... no eran bajo ningún concepto aquellos de mayor inteligencia en la escuela... la correlación entre la visual clara y vivida y la fantasía auditiva y la inteligencia en la escuela es pequeña o puede ser negativa...», etc.

Yo no quiero discutir estos hechos establecidos. Pero lo que debemos discutir es el standard de «inteligencia», implícito en tales pruebas. No es nada más que la predisposición lógica en su forma más vocinglera. Conocemos los exámenes y pruebas por medio de los cuales tal standard es establecido. La mayoría de nosotros hemos sufrido sus indignidades. Pero ahora, con la ayuda de otras escuelas de psicología, estamos en posición de desafiar el todo de esta tradición lógica o racionalista. No debemos cometer el error de lanzar otro standard exclusivo. Nuestra ciencia nos enseña tolerancia. Pero nosotros mantenemos, con pruebas, que existe más de un standard de inteligencia, y por tanto, más de una forma de pensamiento. El propósito del pensamiento es el de llegar a la verdad y la verdad, decimos, no está fundada exclusivamente en la posesión de esos que tienen un alto «cociente-inteligencia»; es tan propensa a salir de boca de un niño, de un poeta, de un artista como inclusive de boca de un loco.

Lo que ha sido establecido por la escuela de psicología en que, en particular, nos basamos, es que estos niños y lactantes, poetas y pintores, visionarios de toda clase, tienen una cosa en común, una imaginación tan vivida que debe ser considerada como el goce de esa clase de fantasía peculiar, esa clase a que nos hemos referido ya y que ha sido llamada fantasía «eidetic». Esta fantasía, que es natural en los niños y lactantes, es retenida en ciertos casos raros hasta pasada la adolescencia y entre estos casos raros han de buscarse a nuestros poetas y pintores y visionarios de toda clase. Pero aún hay más: cuando nos acercamos a investigar la naturaleza del pensamiento científico, en tanto que este pensamiento sea una actividad inventiva o creadora y no meramente un arreglo lógico de hechos aceptados, nosotros encontramos también que éste confía en las imágenes. Toda la física moderna, por ejemplo, está tachonada de fantasía, desde la caída de la manzana de Newton al hombre en el ascensor de Eddington. Posiblemente hay más fantasía en la física moderna que en la poesía de la misma época.

Con tales hechos en mano no tenemos necesidad de pararnos a defender la utilidad biológica del arte. Podemos dirigirnos a los científicos y convencerlos con las pruebas de sus propios procesos de pensamiento. En tanto que éste es creador y biológicamente útil, su pensamiento es imaginario. No obstante los sistemas de educación trazados por ellos y las pruebas que han impuesto a los niños, no dan señales de imaginación. Las imágenes, «dicen y prueban», no son esenciales al pensamiento eficiente. Así y todo se hace para suprimir estos inconvenientes-duendes y entronar la regla absoluta del concepto, en la mente del niño.

El segundo sentido del que recibimos apoyo para nuestras reivindicaciones es conocido como la teoría con unas simples palabras, pero los exponentes de la teoría estarían de acuerdo en que ésta, también, en su mayor parte, es una protesta contra una concepción lógica del conocimiento y de la ciencia. Lo que ellos dicen, en efecto, es que no hay hechos independientes del acto o proceso de experimentación, que los «resultados de un caso» no se perciben por enumeración, sino que deben sentirse como un patrón coherente. La palabra «sentir» debe ser acentuada, pues este factor, sentimiento en la percepción, es estético. No es solamente la percepción de un patrón peculiar, sino también una discriminación en favor de ese patrón mismo. Es decir, de entre muchos de los posibles patrones de conducta, se escoge uno particularmente adecuado o apropiado. Sienta bien, e inmediatamente uno nota la facilidad con que este patrón peculiar es acogido y la idoneidad de la acción sobreviene de él. Y después, desde el momento en que este patrón peculiar es bien adaptado, tiende a ser repetido, y otras formas de conducta tienden a asimilarse a él.

Lo que los psicólogos llaman adquisición de un patrón de conducta, no es nada más que el proceso de aprender, en el sentido de adquirir habilidad en hacer una cosa, andar, esquiar, tejer, pintar, montar una máquina. «Gracia y habilidad», dice uno de los psicólogos del «Gestalt», «marchan cogidas de la mano; su obra no es nunca el resultado de los hechos combinados que, por sí solos, son torpes e inexpertos. Para hacer algo elegante y hábilmente uno debe toparse con la «aventurosa alteración» en conducta que mejor se adapte a las condiciones».

Esta nos ha llevado hacia atrás, hacia Platón otra vez. En esta parte de la «República» que precede a la teoría de la educación a que nos hemos referido ya, Platón analiza la forma y el ritmo, y lo que él dice, en efecto, es que las leyes de la forma y del ritmo no se dan a priori, sino que han de ser halladas en las acciones mejores y más eficientes. El pasaje siguiente pertenece a la «República» y no a la obra de un psicólogo moderno del Gestalt. Estudiando las leyes del ritmo, Platón dice: «no debemos perseguir una variedad de ellos o estudiar todos los movimientos indistintamente, sino observar lo que son los ritmos naturales de una vida varonil y bien regulada y cuando hayamos descubierto esto, debemos de forzar los pies y la música a adaptarse entre sí al sentido de tal vida, y no este sentido mismo a los pies y a la música».

En otras palabras, en palabras modernas, las leyes estéticas son inherentes al proceso biológico de la misma; ellas son las leyes que guían a la vida en el camino de la naturalidad y eficiencia; y es deber nuestro como pedagogos el de descubrir estas leyes en la naturaleza o en la experiencia y hacerlas el principio de nuestra enseñanza. Equilibrio y simetría, proporción y ritmo, son factores básicos de la experiencia; realmente, ellos son los solos elementos por medio de los cuales la experiencia puede ser organizada en modelos persistentes, y es en su naturaleza que entrañan la gracia, la economía y la eficiencia. Lo que se siente profundamente marcha bien y el resultado, como medido por la conciencia del individuo, es un elevado sentido del goce estético.

Ahora llegamos al final del aspecto del testimonio psicológico. Este es mucho más difícil aún de resumir que el último aspecto mencionado, pero por razón diferente. La prueba no es completa. Hemos, en efecto, salido de nuestro abismo y nos hemos tropezado con un mar tormentoso. La teoría del inconsciente es debatida aún y hemos de tener cuidado de no clamar por principios terapéuticos muy elevados para esas formas de libre expresión que nosotros queremos estimular como parte de nuestros métodos de educación. Que el infante—el joven infante—tiene sus impresiones y sus complejos lo mismo que sus padres y maestros, es una cuestión evidentemente suficiente hoy, pero el tratamiento de psicosis y neurosis en el niño presenta grandísimas dificultades al

psiquiatra. No es cuestión, desde luego, del maestro el mezclarse en tales asuntos sin tener entrenamiento alguno, pero el psiquiatra podría muy bien pedir a los maestros que colaboraran con él. Aparte de cualquier otro aspecto de la cuestión, un dibujo de un niño, producido como el resultado de una actividad espontánea, es prueba directa de la disposición fisiológica y psicológica del niño y en la opinión de algunos psicoanalistas, estos dibujos tienen más valor clínico que cualquier otra clase de prueba.

Pero ese es un aspecto del asunto para el que hemos de buscar una guía práctica. Existe, sin embargo, un aspecto más simple que encaja bien en nuestra profana competencia. Sabemos que un niño absorbido en el dibujo o en otra actividad creadora, es un niño feliz. Sabemos como resultado de la diaria experiencia que la autoexpresión es autoperfeccionamiento. Por esta razón hemos de clamar por una gran parte de las horas del niño para las actividades artísticas, simplemente basándonos en que estas actividades son, en cierto modo, una válvula de seguridad, un paso a uniformar. Esa es la razón práctica que podría convencer a los lógicos reacios, pero claro está, ésta no es nuestra razón principal para clamar por una gran parte de las horas del niño. Nosotros no podemos esperar vencer el obstáculo de la tradición racionalista con nuestra propia razón, ya que eso parecería demasiado impracticable, demasiado idealístico. Pues nuestra real demanda no tiene límites. Nosotros no pedimos una hora del tiempo del niño; pedimos todo el niño. Creemos que tenemos en nuestro dominio un método de educación de absoluta validez universal. Creemos que el don que nosotros podemos inculcar por medio de la música, de la poesía y de las artes plásticas no es una adquisición superficial, sino la llave de todo conocimiento y de toda conducta noble. Sospechamos que mucha, si no toda, de la miseria del mundo, hoy día, es debida a la represión de la imaginación y sentimiento en el niño, al predominio de las formas lógicas y racionalistas del pensamiento que violentan aquellos principios de gracia y ritmo y bella proporción que son implícitos al orden del universo. Creemos que nuestras funciones, no meramente como artistas y maestros, sino como maestros y ejemplos en general, son, como dijo Platón en uno de sus arrebatos más visionarios... «las de ser conducidos por nuestros instintos hacia todo lo que sea bello y agradable, a fin de que nuestros jóvenes, viviendo en un clima saludable puedan respirar a los cuatro vientos, donde, igual que una brisa transportando la salud de las regiones felices, constantemente cae sobre ojos y oídos, desde la niñez en adelante, alguna influencia de las obras nobles, e imperceptiblemente los arrastra a la simpatía y armonía con la belleza de la razón, cuya divisa adoptan».

4. LA SINGULARIDAD DEL INDIVIDUO

Estas influencias de que habla Platón caen sobre los órganos de la sensibilidad singular. La singularidad es un hecho natural. Es el resultado de las infinitas permutaciones y combinaciones de los «genes» que son los agentes de la vida transmitidos y unidos en el proceso de la concepción. Mellizos idénticos, por la singularidad de su identidad, nos dan una medida de la enorme diversidad de personas en general.

Esta diversidad no es un accidente biológico. Es la base dialéctica de selección natural, de evolución humana. Cualquier intento, por tanto, bien por educación o coerción, para eliminar las diferencias entre personas frustraría la disseminación natural y desarrollo de la raza humana. Es posible e inclusive «científico» el sostener que deberíamos intentar el control de este desarrollo, de la misma forma en que hemos controlado el desarrollo de especies como el caballo y la oveja. Pero tal control sólo podría ser ejercido

de una forma efectiva si tuviéramos a la vista un plan u objetivo marcado. Criamos caballos para seleccionar la fuerza y la velocidad, ovejas para obtener un vellón más fino. Pero es una asunción deiforme multiplicar la raza humana para alcanzar una cualidad determinada; esta idea sólo ha entrado en la mente de los filósofos totalitarios tales como Platón y Hegel, o ha sido la política de los fanáticos extremistas quienes han intentado llevar a la práctica los ideales de tales filósofos.

Opuesto a este punto de vista existe otro igualmente extremo, el que recibió su expresión en la filosofía de Max Stirner, a la cual Marx y Engel dedicaron sus más destructivas críticas. Esta filosofía defiende, con una consistencia lógica que muchos de sus oponentes podrían emular, que todos los principios sólo pueden ser recibidos y juzgados a través de un sistema sensacional único, y que toda cosa ajena a los deseos y aspiraciones del ego es o bien una falsa racionalización de estos instintos motrices, o una forma de decepción propia que conduce a la frustración y finalmente a la agresión y a la propia destrucción. El altruismo, por ejemplo, es una ilusión, y solamente reconociendo ese hecho podemos llegar a alcanzar la felicidad individual.

La verdad, tal y como se manifiesta en los acontecimientos, yace en esos dos extremos. «La Historia», escribió Engels, «se hace a sí misma en tal sentido que su resultado final es producto de la lucha entre muchas voluntades individuales y cada una de ellas, a su vez, ha sido formada por un cúmulo de condiciones de vida peculiares. Así existen innumerables fuerzas interceptoras y series infinitas de paralelogramos de fuerzas que producen una resultante: el acontecimiento histórico. Esto nuevamente puede ser examinado como el producto de una fuerza que, considerada en su conjunto, obra inconscientemente y sin voluntad. Por lo que toda voluntad individual es obstruída por la de los demás y lo que resulta es algo que nadie ha querido».

El objeto de la educación no es el de eliminar este conflicto entre las voluntades individuales, su intento estaría predestinado al fracaso porque el conflicto es inherente a nuestra naturaleza biológica. Pero claro está, «los acontecimientos históricos» serían muy diferentes si en vez de un choque ciego de las voluntades individuales, pudiéramos introducir algunos principios de reconciliación voluntaria.

Se hallan mezclados dos procesos esenciales. Uno lo llamaremos «iniciación»; el otro «reciprocidad». Antes de que podamos dar una dirección efectiva a estos procesos, hemos de precisar las unidades envueltas en ellos. Un juego no puede realizarse al menos que tenga unas reglas establecidas; un negocio no puede llevarse a cabo sin una prenda específica de cambio; y en el mismo sentido una sociedad sólo puede funcionar armoniosamente si los individuos que la componen son personas íntegras, es decir, gentes cuyo desarrollo mental y físico ha sido completo, a fin de que estén sanos y saludables y por esta misma razón competentes para prestarse apoyo mutuo.

Trataremos luego de los procesos de iniciación y reciprocidad, pero primero hemos de comprender perfectamente el significado biológico de la singularidad. Es verdad que venimos al mundo arrastrando nubes de gloria; un cielo que es universal e impersonal nos rodea en nuestra infancia y aunque las sombras de la prisión social empiezan a cerrarse sobre el niño en desarrollo, éste, aun con las palabras exactas de Wordsworth, es «El Sacerdote de la Naturaleza». La mente de cada niño está dotada con su parte de conciencia racial (una «herencia arcaica», como la llama Freud). Pero esto no es más que un componente de un sistema de percepciones e intintos, una «visión espléndida», que es única. Por qué afirmamos esta singularidad y no queremos «dejarla morir y disiparse a la luz del día común», por qué no queremos «verla arrollada» por una fuerza impersonal, está explicado por nuestra lectura de las pruebas biológicas. En el fondo de la vida hay lo que muchas veces es llamado «dialéctica», no obstante es simplemente una lucha entre

las fuerzas negativas y positivas, entre el Amor y la Muerte; y es de la tensión creada por esta lucha de donde emerge adicional vitalidad o lo que optimísticamente es llamado progreso. Aun podemos aventurarnos a decir que mientras más definido es el término de esta oposición (más agudo el conflicto), más vigorosa será la vida. La primera responsabilidad del educador, por tanto, es la de traer la personalidad del individuo a la pantalla, con el fin de que pueda producirse una acción recíproca más vital entre cada grupo orgánico de individuos, dentro de la familia, dentro de la escuela, dentro de la sociedad misma. Las posibilidades al principio están igualadas entre el «odio», conduciendo al crimen, a la infelicidad y antagonismo social, y amor que asegura el apoyo mutuo, la felicidad individual y la paz

social. Lo que es cierto es que el resultado más deseado no es producido simplemente por la supresión forzosa de los instintos más despreciables: el completo significado de la educación es que nosotros buscamos evitar el odio por medios «positivos», es decir, incitando el más fuerte desarrollo del amor, que es en realidad el grano de mostaza «que un hombre cogió y sembró en su huerto, que es la menor de todas las semillas, pero cuando ha crecido es la mayor de las yerbas, y se convierte en árbol, de suerte que los pájaros del aire vienen a posarse en sus ramas».

HERBERT READ

(Trad. J. Ruíz.)

(Continuará.)

CARTAS DE PARIS

El secreto de la Gioconda



PARIS. — La dama de París que recibe más visitas es, sin duda alguna, la Gioconda, y, sobre todo, ahora, que todavía resuenan los ecos del pentacentenario de su creador. Los conservadores del Louvre han dotado al celebrísimo cuadro de un nuevo decorado suntuoso aunque esta especie de superpresentación no era necesaria para que

todos los visitantes de París, del más cultivado al más zote, vinieran a contemplar la sonrisa de Monna Lisa. Porque es su sonrisa lo que cuenta y lo que hace soñar a las multitudes. Desde que salió del pincel de Leonardo, esta sonrisa les planteó a los hombres el más fascinador de los enigmas. Pintores, escritores, historiadores y sabios trataron de penetrar su secreto. Cada uno propuso su versión, y todos se apoyan en los mismos hechos.

Alrededor del 1500, Leonardo pintaba el retrato de la esposa de un rico florentino. Su modelo se llamaba Monna Lisa —Monna es el diminutivo de Madonna, que muchos escriben Mona, erróneamente—, y era la tercera mujer de Francesco di Bartolomeo di Zanobi del Giocondo, miembro de una de las familias más eminentes de Florencia. Monna Lisa contaba veintiséis años cuando comenzó a posar para el gran pintor, y acababa de perder a su única hija.

Leonardo trabaja durante cuatro años en este retrato, sin poder o sin querer terminarlo; se niega a entregar al destinatario su tela inacabada, la guarda en su taller, y cuando viene a Francia la trae consigo y se la vende a Francisco I por el precio fantástico en aquella época, de 12.000 escudos oro. Partiendo de estas circunstancias, bien conocidas, los comentaristas se hartarían de hacer toda clase de suposiciones. Durante varios siglos, los críticos ven en la pintura de Leonardo una obra maestra y ensalzan sus extraordinarias cualidades técnicas. Pero a

principios del XIX cambia el tono, y los conocedores comienzan a desinteresarse de la manera como Vinci realizó el retrato para centrar su interés en el mensaje que nos dejó el artista en la enigmática sonrisa de su modelo. Y las interpretaciones forman un verdadero fuego de artificio.

Teófilo Gautier describe largamente «la boca sinuosa y serpentina que se burla de uno con tanta gentileza y gracia y superioridad, que el que la contempla se siente de pronto intimidado, como un colegial ante una duquesa». Para Gautier la mirada de Monna Lisa «promete voluptuosidades desconocidas», a pesar de la «expresión vivamente irónica de sus labios». Si el autor de los «Viajes» hubiera vivido hoy, resumiría su opinión diciendo que la Gioconda es una «Vamp».

Más tarde, George Sand lanzó una idea que estuvo en boga largo tiempo, identificando a Leonardo con su modelo. «El gran secreto de esa indefinible expresión de sosiego que llega a sobrecogernos —advirte la novelista—, es un sentimiento que existe menos en Monna Lisa que en el propio pintor. Ese rostro más que el de una persona es el de una idea fija...»

El gran Merejkowsky escribe en su obra consagrada al genio de Florencia: «La Gioconda es el sosia de Leonardo. Leonardo y la Gioconda fueron dos espejos que reflejándose el uno en el otro se absorbieron hasta el infinito». Péladan hace hablar a Monna Lisa: «Yo soy la virtud, y mi misión consiste en distribuir el deseo. De Vinci manifestó su alma, que no se determinó nunca, porque volaba muy alta. Yo soy la que no ama porque soy la que piensa». Otros intérpretes hablan de «la más deliciosa y la más páfida de las mujeres»; de «la representación perfecta de la antítesis que domina la vida amorosa de la mujer»; de «un rostro femenino tras el que piensa un cerebro masculino»; de «la encarnación de toda la experiencia amorosa de la humanidad civilizada».

Pero con la aparición del psicoanálisis todos los «records» del comentario quedan batidos. Monna Lisa tiene que pagar gabela a la nueva ciencia. Y se la desnuda, se la disecciona, se la vuelve y revuelve y observa por arriba y por abajo, de frente y por detrás. Y, paralelamente, y sobre todo, se pasan a cedazo las ideas y los gestos de su creador. Nobleza obliga. Y es el mismísimo pontífice del álgebra del alma quien se encarga de la autopsia psico-fisiológica de Leonardo.

Según Freud, el gran pintor estaba dotado de una sensibilidad casi femenina, que le hacía evitar la carne en sus alimentos, por encontrar que «es injusto quitarle la vida a un animal». Freud advierte otros aspectos extraños del pintor, y señala que «cuando estudiaba con el Verrocchio, fué denunciado por comercio homosexual», y que «ya maestro, se rodeó de bellos adolescentes». Soluri le atribuye al artista las siguientes palabras: «El acto carnal y los miembros que en él intervienen son de una fealdad tal, que si no existiera la belleza de los rostros y los vestidos, la naturaleza perdería la especie humana». Lo que le lleva a Freud a concluir: «Es dudoso que Leonardo haya conocido mujer en toda su vida.»

En fin, como una verdadera bendición del cielo para el psicoanálisis, queda el relato de un sueño de infancia escrito por el propio Leonardo. «Recuerdo — escribe Vinci— que encontrándome todavía en la cuna, un buitre vino hacia mí, me abrió la boca con su cola y me golpeó varias veces entre los labios». Deja-

mos a los que conocen la obra de Freud el imaginarse lo que el padre de la libido puede deducir de estas palabras, y a qué consideraciones le llevó su culto de los símbolos. Una sola nos interesa ahora. Es esta: «La sonrisa de la Gioconda despierta en el hombre maduro que era entonces Leonardo el recuerdo de la madre de sus primeros años, y lo que el genio ha pintado es la sonrisa feliz y sensualmente extasiada de su madre cuando le acariciaba, porque ella había colocado al niño en el lugar del esposo»...

Confesamos que a esta explicación científica, que roza el incesto, preferimos otra que hemos leído en un diario inglés hace pocas semanas: «Monna Lisa era sorda, y su expresión se debe a su deseo, no sólo de ocultar su enfermedad, sino, también, de convencer a la persona, a la que hacía como si la escuchara, que comprendía todo lo que le estaba diciendo». Esta teoría tiene al menos la ventaja de estar envuelta de un fino humor, y si, como escribió Paul Bourget, «la sonrisa de la Gioconda nunca será definida porque es el misterio hecho plástico», más vale creer esta última versión.

De todas maneras, queda en pie aquella que Gruyer lanzó por el 1887: «Monna Lisa les hace perder la cabeza a todos los que hablan de ella después de haberla contemplado fijamente».

Mario de la Viña

¡ES MUCHO CHAPLIN!



ACE unos años, los norteamericanos acuñaron la palabra «reconversión» para el proceso de transformación industrial de la guerra a la paz, o sea, la fabricación en gran escala de automóviles y máquinas de lavar, por ejemplo, en vez de aeroplanos y tanques. En el terreno cinematográfico, la «reconversión» de Hollywood supuso el rápido cambio de películas de guerra por otras con el socorrido tema del difícil reajuste de los veteranos a la vida civil y las de espionaje por las psicológicas y de misterio. El capitán, la enfermera y el agente nazi cedieron paso al amnésico, la amnésica y el psicópata.

Víctima de su propia «reconversión» cinematográfica iba a ser, sin embargo, el más genial de los astros de la pantalla, Charlie Chaplin, cuya última película de fase reconvertida, *Candilejas* («Limelight») ha desaparecido de las carteleras de cine de los Estados Unidos tras de breve y debatida existencia. Quien esto escribe, que iría gustosamente a verla hoy por segunda vez, la ha buscado en vano en *Ceu*, la revista neoyorquina con el índice completo de todos los espectáculos.

Como eco doloroso de su desaparición, como lamentamiento por la muerte de Chaplin en favor del público norteamericano, la música de fondo de *Candilejas*

brotó de cualquier radio o *sinfonola* de bar o de cafetería a cualquier hora del día y de la noche, en cualquier pueblo o ciudad de este desmesurado país donde la uniformidad es la norma, como uno de los grandes éxitos musicales del momento. Es una tonada ondulante, circense, pegadiza, como de *ballet* subrayando una carrerilla de Calvero hacia los brazos de Consuelo, su protegida, pero que el pudor y la humildad le impiden completar, quedándose la amorosa intención en alado gesto.

La «reconversión» de Charlot data de 1947 y abarca sólo dos películas, *Monsieur Verdoux* y *Candilejas*. ¿Cómo se reconvertiría el maravilloso clown? —nos preguntábamos la «inmensa mayoría» de los chaplinistas que cada vez vamos siendo menos a medida que nuevas generaciones invaden las salas de cine y a medida también que Chaplin hace menos películas y las viejas se reponen menos. ¿Cómo daría Charlot, o Carlitos, o Carlino, la vuelta a su guerrera de *El Dictador*? La cosa no era tan fácil como fué, por ejemplo, pintarle un sombrero, chaqueta, camisa y corbata de paisano al soldado del monumental anuncio de los cigarrillos *Camel* en el *Times Square* de Nueva York, que se pasó toda la guerra exhalando anillos de

humor. ¿Subiría Charlie Chaplin, ajeno al tiempo y al espacio, al desván de sus viejas películas en busca del bastón, el bombín y los viejos zapatones después de haber ridiculizado nada menos que a Hitler en uniforme de general?

Ya lo saben ustedes. En **Monsieur Verdoux** vimos a un nuevo Chaplin convertido en un místico Eden abreviado, como antihéroe de **Una comedia de asesinatos**, envidador profesional de la crónica del crimen de hace casi una treintena de años en Francia. Era comprensible que, después de haber encarnado la figura más antisocial de los tiempos modernos, se sintiera Charlot con ganas de seguir desempeñando el mismo papel pero en escala mucho más casera y sentimental al fin y al cabo. De todas formas, Chaplin no podía desprenderse de su pasado, por mucha «reconversión» que pusiera en su nuevo personaje, por eso mismo, aunque lo vimos empezar en esta nueva fase pelicular como un miembro típico de la clase media francesa, un respetable y apuesto empleado de banco, el pánico financiero que sobreviene a poco, le hace perder tan sólido empleo y le fuerza a volver a su papel de antaño: el del que siempre recela de la presencia del guardia de la esquina. ¡Ah!, pero no en balde había pasado Charlot por la experiencia de **El Dictador** y corrido en su vida privada de don Juan no pocas y escandalosas aventuras que le costaron sinsabores y dineros. Con tales antecedentes, **Monsieur Verdoux** no tendrá reparo en volverse un Landrú, organizando otra especie de negocio bancario pero con un numerario bien diferente: las sucesivas mujeres con que se casa y a quienes alegremente va matando —e incinerando como billetes de banco retirados de la circulación— para heredar sus bienes. Esta primera «reconversión» cinematográfica de Chaplin acentuó demasiado una filosofía cínica de la vida; el cómico se volvió discursador en extremo y, aunque le sobraban buenos golpes de risa, en los Estados Unidos se la consideró mala película, tuvo poco éxito taquillero y desapareció pronto de las carteleras.

Parecía el ocaso de Chaplin. Pero en 1950, o sea un año antes de empezar el rodaje de **Candilejas** se repuso en Nueva York **Luces de la ciudad**, la obra maestra de Charlot, no Chaplin, y fué un éxito colosal. A pesar de la lección, **Candilejas** emergió al fin del año pasado, tras el gran secreto que había envuelto su filmación, con otro Charlie Chaplin por intérprete en vez del viejo Charlot.

Chaplin reapareció con el mismo atildamiento que **Monsieur Verdoux**, en el papel de un clown que ya no hace reír. Pero lo peor es que Calvero, que así se llama el clown —y así apellidó en vida la madre, judía sefardita, de Charles Spencer Chaplin— tampoco hizo reír a los espectadores norteamericanos del drama de su ocaso artístico y existencial, en la medida requerida para mantenerse indefinidamente en el cartel, y eso, y otras razones políticas que están en el conocimiento de todos, han terminado por liquidar, al parecer definitivamente en el favor del público de EE. UU., al más grande de los cómicos modernos, al actor de la pantalla que convirtió el cine en arte, y que se aferró a esta concepción artística del cine,

hasta que la presión política, el amargor y resentimiento social, lo impulsaron a hacer panfletario su propio arte. Esto y la radical independencia política del ciudadano mundial Chaplin —independencia tan difícil de mantener en estos días—, su antigregarismo y anarquismo sentimental lo llevaron finalmente a chocar con el país adonde vino en 1910 y al que parece que ya no regresará jamás.

Había resistido brillantemente Charlie Chaplin las transformaciones sucesivas del cine, de mudo en sincronizado, y de sincronizado en hablado. En 1931, hizo **Luces de la ciudad** que, como hemos dicho, fué repuesto 19 años después con éxito apoteósico. En 1936, se estrenó **Tiempos modernos** donde emitió Charlot su primer sonido en la pantalla, el susurro de una canción sin palabras. Y en 1940, habló por vez primera en **El Dictador**. Pero en todas estas cintas estaba el viejo Charlot de **La calle de la paz**, **El Chico** y **La Quimera del Oro**. En cambio, la «reconversión», el atildamiento de su persona con el abandono de su careta y disfraz, le fué fatal. Asomó de golpe la cara verdadera del ciudadano del mundo, Charles Spencer Chaplin, rebelde y disconforme como un Bernard Shaw, pero en país bien distinto de su Inglaterra natal, y, con el rostro, una labia mordaz y vitriólica que, en ocasiones, como en **Candilejas** aludía a sus propias y amargas experiencias. Y por si su omnimoda presencia era poco aún, da papeles a cinco de sus hijos habidos de distintas esposas. Y él se llama Calvero, como su madre, y protege a una niña, Consuelo, a la que llevaría sin duda no menos de 36 años, los mismos que le lleva a su cuarta mujer, Oona O'Neill.

Era, pues demasiado Chaplin el Charlot de estas dos últimas películas; había demasiado persona y personalidad suya en Verdoux y en Calvero. Los films de «reconversión» social y sociable se volvieron en seguida objeto de controversia y las taquillas norteamericanas acusaron el golpe. El clown no tenía derecho a quitarse la máscara de yeso; el payaso no tenía por qué contar su crisis social, ni arremeter contra el capitalismo bancario como Verdoux, ni proteger a una niña como Calvero. Es muy posible, sin embargo, que **Candilejas** pretendiera rectificar la acrimonia de Verdoux. Pero llevaba las de perder. Estaba demasiado fuera de la corriente —de la norteamericana al menos. Tal vez, Calvero hubiera sido aplaudido a rabiar en el Broadway neoyorquino... si no hubiera sido un Charlot convertido en Chaplin su intérprete. Porque había también una situación personal comprometedora y la persona de Chaplin, por efecto de una prensa todopoderosa, ya estaba enfrentada con el público. ¿Qué más importaba ya el hondo patetismo del personaje que quiere borrarse para no obstaculizar con el amor que se le tiene por gratitud, otro amor verdadero, juvenil y a impulsos de la sangre? **Candilejas** fracasó porque Calvero era Chaplin y porque la gran masa de espectadores juveniles está incapacitada para comprender la comicidad de Charlot cuando es Charlie Chaplin. No nos extraña que el gran cómico mandara retirar **Candilejas** de los mercados por él considerados hostiles.

Gabriel de VALENCIA

Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana

(Continuación)

SUIZA

231. «Il Risveglio», («Le Reveil»-«Der Weckruf»). Quincenario bilingüe. Ginebra. Comienza a publicarse el 7 de julio de 1900 con el subtítulo de «Socialista Anarquista», sobre cuatro páginas, dos en italiano y dos en francés, y en 1903 con una edición en alemán «Der Weckruf» («El Despertar»). «Erscheint alle vierzehntage». (Publicación quincenal). Esta edición en alemán (1904-1906) aparece durante cierto tiempo en Zurich. En el número 358, correspondiente a mayo de 1913, con objeto de no incurrir en equívoco y sobre todo para aclarar posiciones, los redactores deciden llamarlo «Comunista anarquista», señalando algo así como una evolución. Este dura hasta mayo de 1926, modificándose de nuevo por el subtítulo más simple, claro y preciso de «Anarquista». La colección de esta publicación constituye una fuente inestimable de materiales y de documentos, particularmente en lo que respecta al período de la primera guerra mundial, ya que fué uno de los pocos periódicos anarquistas que aprovecharon la posibilidad de ver la luz durante todo el período bélico. Pero la segunda guerra mundial descuajó incluso a esta publicación, ya que con fecha del 24 de agosto de 1940, las autoridades suizas prohibieron la salida del periódico.
- Desde su fundación, el redactor fué Luigi Bertoni, quien escribía la mayor parte de los artículos de las dos ediciones (francesa e italiana), incluso cuando durante la guerra de 1914-18 y después, durante el fascismo en Italia, apareció en ocho páginas, cuatro en cada lengua, con la particularidad de que el mismo Bertoni componía totalmente el periódico con caracteres de caja. En este periódico colaboraron las mejores plumas del movimiento anarquista internacional, como P. Kropotkine, Eliseo Reclus, E. Malatesta, Luigi Fabbri, Domela Niewenhuis, etc.
232. Publicaciones de «Le Reveil». (Quelque part en Suisse). Folletos mensuales en francés y en italiano. Dieciséis páginas. Cuando las autoridades suizas prohibieron el periódico «Il Risveglio», «Le Reveil», en agosto de 1940, su redactor, Luigi Bertoni, decide continuar con otro formato y carácter. Desde entonces hasta diciembre de 1946, aparecen estos cuadernillos con una regularidad sorprendente, cambiando a veces de título pero manteniendo el mismo formato.
233. «Il Risveglio». Nueva serie. Publicación mensual. Ginebra. Después de la muerte de Bertoni, alguno de los viejos colaboradores de éste, como Carlo Frigerio y A. Amiquet, reemprendieron la publicación en mayo de 1947, reduciéndose a la edición de «Il Risveglio», continuando incluso con la vieja numeración, esto es, año 48, núm. 1055, con cuatro páginas, dos en italiano y dos en francés, deja de aparecer a partir de 1950.
234. «Vogliamo». Revista mensual de cultura social, histórica y literaria. Biasca. Suiza. Se inicia la publicación a principios de agosto de 1929, bajo forma de revista, a 24 páginas. En el núm. 7, del segundo año, julio de 1930, se indica que la redacción se traslada a Marsella a raíz de la expulsión de los redactores residentes en Suiza. La administración pasa a Annemasse (Alta Savoya). Su último número es el 3-4 del tercer año, marzo-abril de 1931. Redactor responsable: C. Vanza. Redactores efectivos: los hermanos Vella. Colaboradores: Luigi Fabbri, Camilo Berneri, Hugo Treni, Doménico Zattero, Luigi Bertoni.
235. «Solidarietà». Boletín informativo del Comité Anarquista pro «Hijos de los presos políticos de Italia». Ginebra. Aparecen dos números, en pequeño formato, dos columnas en un folio, en enero y luego a fines de 1929. Redactor: Carlo Frigerio.
236. «Studi Sociali». Revista quincenal de libre examen. Comienza a publicarse el 15 de marzo del 1930. Representa en sí la verdadera y directa continuación del periódico «Lotta Umana» de París, y como afirmaba la redacción en un pequeño artículo de su primer número, constituía inclusive la «continuación» de la gloriosa tradición del anarquismo de «Agitazione», de Ancona; de «Pensiero» (de Roma, 1903-1911); de «Volontà» (Ancona 1913-1921); de «Umanità Nova» (Milano-Roma 1920-1922); de «Pensiero e Volontà» (Roma 1924-1926).
- La publicación continuó hasta la muerte de su redactor: Luigi Fabbri, acaecida en 1935. El periódico — más revista que periódico — continuó luego en base a pocos supervivientes, pero sobre todo gracias a la capacidad de trabajo de la hija del propio Fabbri, Luce, pensadora profunda y fina escritora. Se inicia así la segunda serie el 20 de noviembre del 1935 llegando a julio del 1941, pero con menos regularidad que en el pasado.
- En el 1941 se decide dar una vida más vigorosa a esta publicación y se inicia la tercera serie en formato revista, con 32 páginas, cuyo primer número correspondió al 31 de octubre. Aparecieron así cinco números, de manera muy irregular. El último lleva la fecha del 31 de mayo del 1946. En su sustitución comenzaron, a partir de entonces, a publicarse una serie de folletos, siempre como continuidad de «Studi Sociali». Sin plazo fijo siguen publicándose aún. De la primera serie es redactor Luigi Fabbri; de las dos siguientes: Luce Fabbri. Colaboradores, sobre todo de la primera serie: Ugo Fedeli (Ugo Treni), Torcuato Gobbi, Gaston Leval. B. A. de Santillán.
237. «Volontà» (Volontà). Periódico de Ideas. Sezione Italiana. Montevideo. Inicia su publicación a fines de diciembre del 1926. Su aparición es muy irregular y cesa en el 1930. Redactor de la página italiana: Tognetti.
238. «Socialismo y Libertad». Quincenario anarquista. Montevideo. Inicia su publicación el 18 de septiembre del 1943 con cuatro páginas, dos en español y dos en italiano. Aparecieron seis números, el último con la fecha del 14 de julio del 1944. Redactora de la parte italiana: Luce Fabbri.

Ugo FEDELI
(Continuará.)

Société Générale d'Impression, 61, rue des Amidonniers.—Le Gérant: Etienne GUILLEMAU. Toulouse (Hte-Gne.)

POETAS

de Ayer y de Hoy

VOZ DEL AGUA

Era pura nieve
y los soles me hicieron cristal.
Bebe, niña, bebe
la clara pureza de mi manantial.

Canté entre los pinos
al bajar desde el blando nevero;
cruce los caminos,
dí armonía y frescura al sendero.

No temas que aleve
finja engaños mi voz de cristal.
Bebe, niña, bebe
la clara pureza de mi manantial.

Allá, cuando el frío,
mi blancura las cumbres entoca;
luego, en el estío,
voy cantando al morir en tu boca.

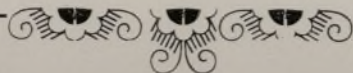
Tan sólo soy nieve,
no me enturbian ponzoña ni mal.
Bebe, niña, bebe
la clara pureza de mi manantial.

ENRIQUE DE MESA

LA PORTERA « POLIZONTA »

- ¡Porteraaaa!
—Llamusté con más respeto.
—Pues ¿cómo he de llamar?
—Señá portera,
y no digo que «usía», aunque pudiera,
que soy autoridaz por Real decreto.
- Pues bien, usía... ¿Vive aquí don Cleto?..
—¿Don Cleto? ¿El que me ensucia la escalera?
¡Queda usted detenido!..
—¡Buena fuera!
—Por tratarse con ese mal sujeto.
- ¡Don Cleto!..
—Un periodista—¡mala peste!—
que haciéndome rabiar se pasa el día..
—Don Cleto, el que yo busco, es arcipreste.
- Ese no vive aquí..
—Yo no sabía..
—Pues vaya usted con dios y no moleste.
—Pues abur... y ¡a las órdenes de «usía»!

Felipe PEREZ Y GONZALEZ



HA SALIDO EL III TOMO DE "La C. N. T. en la Revolución española"

por José PEIRATS

Esta obra no puede faltar en la biblioteca de ningún hombre estudioso y amante de la cultura. Todos, afiliados a la C. N. T. o no, pero espíritus inquietos y deseosos de conocer la historia de la gesta popular más trascendental del siglo XX, han de leer «La C. N. T. en la Revolución Española», libro escrito con profundo objetividad y con la más escrupulosa honradez de historiador, acumulando documentos y datos inéditos y fidedignos.

Aquellos que no hayan adquirido todavía el III tomo, deben apresurarse a pedirlo, a fin de que no se encuentren faltados de la obra completa.

Para ilustración de nuestros lectores, damos a continuación los títulos generales de los capítulos de que se compone el tomo III, ya puesto a la venta.

Capítulo XXVII. — El Pleno Económico de Valencia.

Capítulo XXVIII. — La Nueva Plataforma Sindical.

Capítulo XXIX. — De la victoria de Teruel al desastre de Aragón.

Capítulo XXX. — La crisis interna del Movimiento Libertario.

Capítulo XXXI. — La crisis de agosto y la batalla del Ebro.

Capítulo XXXII. — La política franquista.

Capítulo XXXIII. — La incautación estatal de las industrias de guerra.

Capítulo XXXIV. — Los libertarios en la guerra.

Capítulo XXXV. — El terror en los frentes.

Capítulo XXXVI. — El terror en la retaguardia.

Capítulo XXXVII. — Del Pleno de Octubre a la pérdida de Cataluña.

Capítulo XXXVIII. — El último baluarte.

Capítulo XXXIX. — ¡Ay del vencido!

Precio del volumen: 750 francos. Diez por ciento de descuento a partir del pedido de 5 ejemplares.

Pedidos: Administración del Libro, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.).

